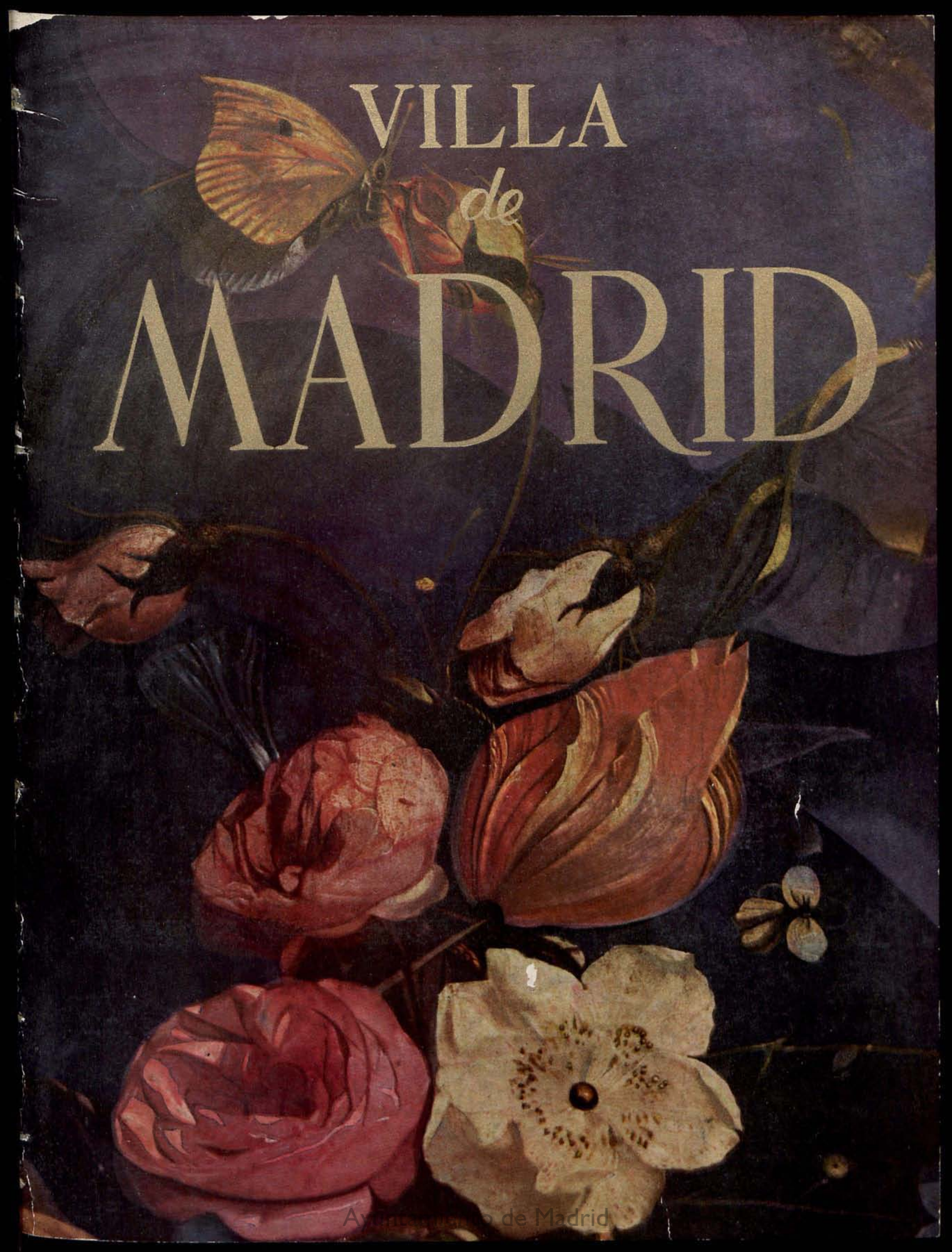
VILLA de MADRID



Ayuntamiento de Madrid

VILLA de MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre ... ... 120 pesetas.

Año ... ... 240 »

Tel. 48 18 29

MADRID

AÑO II

NUM. 5

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Editorial. Vicente Salgado Blanco.
El Jardín Botánico. Eugenio D'Ors.
Juan de Arellano.
Parque del Oeste. Manuel Pombo Angulo.
El campo del Moro. Juan Antonio Cabezas.
Ramón en el Retiro. Ramón Gómez de la Serna.
Versos del parque y el mármol. José García Nieto.
Flora de Madrid. Emilio Guinea.
Madrid, sus jardines y sus parques.
El Palacio de Liria. Vicente Carredano.
Vida corporativa.

PUERTA DEL SOL. Suplemento de Villa de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Editorial

En este número de VILLA DE MADRID, *dedicado a parques y jardines de la capital, es lógico que la voz la lleve quien ostenta la máxima autoridad para ello, el Concejal Delegado de Parques y Jardines, don Vicente Salgado, que tiene como misión dar aroma, paisaje y color a la capital.*

MADRID ha sido siempre una ciudad importante. Ya lo era, indudablemente, antes de fijarse en ella la capitalidad de España. Algo tiene el agua cuando la bendicen. Algo, y aun «algos» tendría Madrid, aparte de su proximidad a El Escorial —donde habría de levantarse la octava maravilla del mundo—, y de estar situado a muy pocos pasos del centro geográfico de España, para que Felipe II —¡nada menos!— se instalase aquí con toda su Corte. Esto se ha visto claramente después con las excavaciones y descubrimientos que vienen haciéndose en la cuenca del Manzanares. O sea, que Madrid cuenta con una brillante historia de cientos de miles de años. Desde Felipe II hasta nuestros días, los años no son tantos, claro está, como desde el mioceno o del cuaternario. Pero en cambio están muy cargados de historia. Tanto, que durante largas épocas en el mundo no hubo otra historia que la nuestra. Después ha habido de todo; pero Madrid, cuyo nombre ha tenido siempre universal resonancia, no ha dejado nunca de ser una ciudad importante. Cada día más, en un «crescendo furioso», sobre todo desde que España volvió a ser España, hace muy pocos años, tan fecundos y provechosos, sin embargo, que bien puede afirmarse que valen por los milenios que consumieron los más conspicuos períodos geológicos. Y, claro está, «como nobleza obliga» —nadie gana en nobleza a Madrid—, y Madrid tiene además conciencia de su responsabilidad como capital de la nación, lo cierto es que no sólo es cada vez más importante, sino que —y esto importa mucho— cada día se le da más importancia. Tanto, que hasta parece como si en previsión del mundo nuevo que se avecina se quisiera que Madrid adquiriese previamente toda la categoría que exigirá el importante papel que en ese mundo nuevo habrá seguramente de corresponderle.

Pero a Madrid no le basta ni le bastará nunca con ser una ciudad rica y poderosa, un caso biológico de antología, asombro y admiración de propios y extraños. Bueno está todo eso, y ella hará cuanto sea preciso para quedar bien con todos. Pero con una condición «sine qua non»: cuidar y conservar su belleza, la de su rostro y la de su espíritu, que no en vano, por cuna y por tradición, tiene corazón y vocación de manola, de maja y de chispera. Esto es, de mujer hermosa que sabe que en la flor de su gracia y de su simpatía está el secreto de su seducción y de su fuerza...

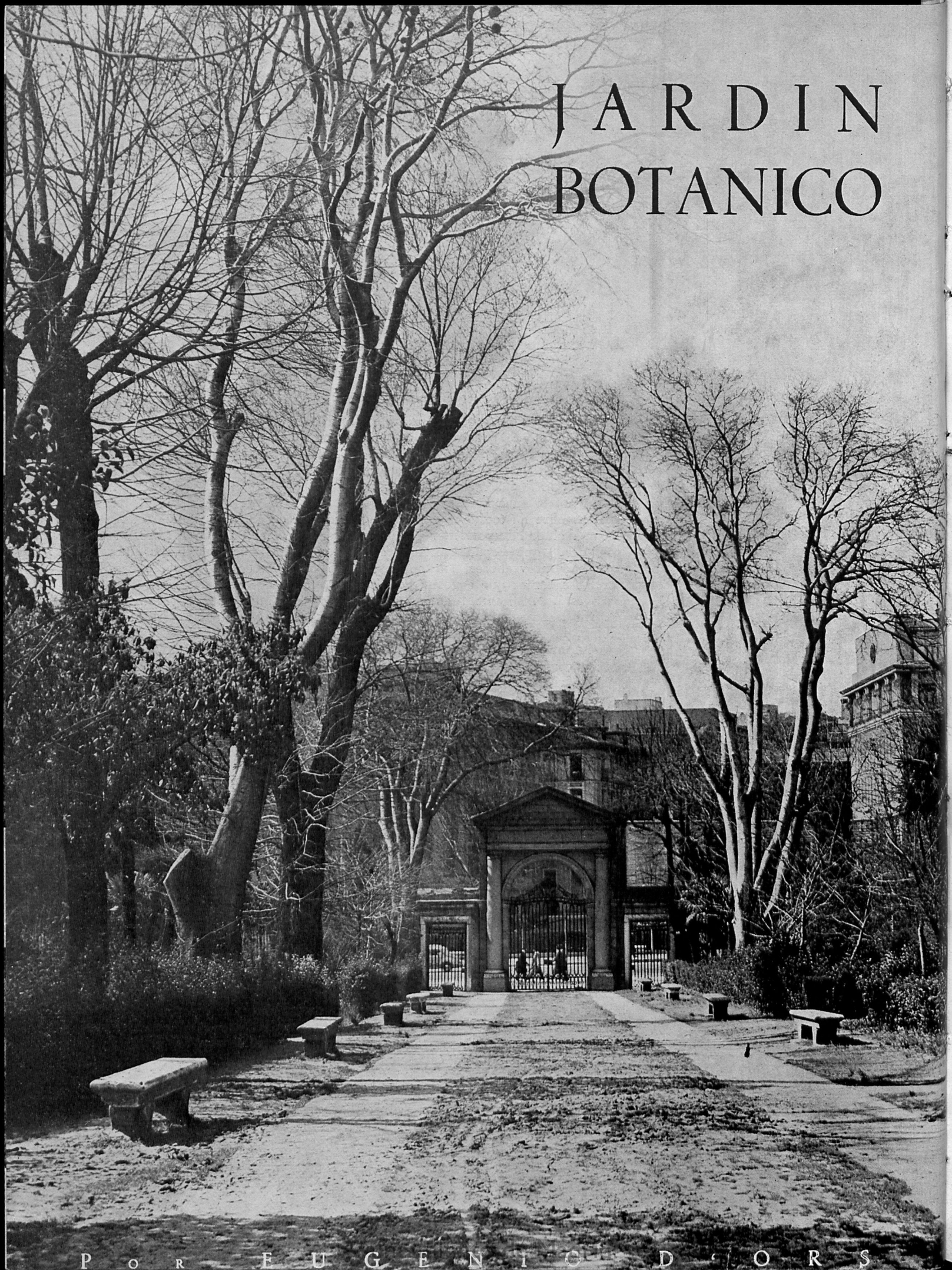
¡Paseos y plazas de Madrid, milagrosamente florecidos en todas las estaciones! ¡Maravilloso Retiro, monumento sin par, ornato y orgullo máximo de la capital de España! ¡Sabio y dulce Botánico, que guarda el secreto de todas las floras del mundo en su romántica soledad! ¡Parque del Oeste, risueño y alegre, regado con la sangre más generosa que jamás vertió España, resucitado como en un milagro, perfumando los aires más puros y abierto a los más bellos paisajes! ¡Reales terrazas de Sabatini, frondas y pinares de la Casa de Campo! ¡Parques y jardines madrileños, desde los más señoriales a los más humildes, desde los más ruidosos y populares, donde florecen niños entre bojes y arrayanes, a los más callados y recoletos; desde los más antiguos a los más modernos; desde los de ayer y de hoy a los de mañana y de siempre! ¡Gayos parterres y rosaledas, prodigiosas de deslumbrante policromía, que convocáis en nobles torneos a las más bellas flores del mundo! ¡Arboledas callejeras cargadas de fragancias y llenas de alas y de trinos!...

Siga siendo Madrid una ciudad cada día más importante, que así lo exige, como capital de España, su universal destino. ¡Pero, paralelamente, siga siendo Madrid una de las más bellas, atractivas y deseadas ciudades del mundo!

VICENTE SALGADO BLANCO

Ayuntamiento de Madrid

JARDIN BOTANICO



POR EUGENIO D'ORS

Aquel día la reja del establecimiento, cerrada por ciertas razones de hora y estación que ignoro, abrióse únicamente para mí. Había fuego en el aire; por ráfagas, conatos truncos de trompetas militares llegaban de algún cuartel vecino. Arriba, doraba el cielo un impío azur, entre las palmas abiertas en abanico. Y, de la alcoba de algún árbol, en cuya copa se apretaban unos cilindros del verde más crudo, subían unos arrullos patéticos.

Me basta hoy entornar los ojos, para volver a ver, al pie de una de esas capillas, el cactus obeso, sudando lentamente entre sus pinchos. Y aquella enorme hoja desigual, enrollada a medias, festoneado su filo, como el de una espada mellada; y, en el medio, así un nielado argénteo, la huella de la baba de un caracol. Y aquel arbusto extraño, cuyas execrencias y tumores unían las telas de araña. Y los grumos de gomas espumadas por las grietas de los troncos... También percibo aquel olor a camelias y a polvo regado. Y creo oír, de vez en vez, la huída secreta de los ratones entre las hojas secas. Porque, en los jardines botánicos, hay ya hojas secas en el mes de julio. Y, en su profusión, alientan la vida y la muerte de concierto, con un palpitar que trae a ciertos rincones del aire un temblor de irisaciones ligeras, bajo las incidencias fugaces de los rayos de sol.

Tanta pompa y tanta fuerza, sin embargo, tanta corrupción de morbideces y azúcares, no arruinan a la Inteligencia en tales lugares; antes la exaltan, ofreciendo a su triunfo un homenaje multicolor, así un tapiz a los pies de un rey. Aquí la Inteligencia inflige a la Natura la humillación de su pisar y marca cada árbol, cada arbusto, planta, flor, fruto, cada elemento anatómico del fruto y de la flor, con la discriminación de un índice severo. Las señales del paso de la Inteligencia y de su victoria, son los letreros; las inscripciones, en latín, con sus viejas letras manuscritas, imitando elzevires de imprenta, en el cuadro de las etiquetas blancas que medio

Ayuntamiento de Madrid

CLEMENTE

siglo, en siglo entero, han amarilleado, en tanto que el negro de la tinta empalidecía en un bistre ya tirando al amarillo. Doctas dicotomías, con su justiciera alusión a los Linneo y a los De Candolle; nombres sequipedales, de la más pura estirpe helénica; híbridos preciosos, tocados acaso de alguna cadencia barroca; epítetos a la homérica, evocadores del rosa de una miel o de la calma de la noche. Aquí Plinio, allí Teofrastro; ora la onomatopeya vernacular, ora el primor académico, despreciador del «vulgaris», del «rusticus», del «silvestris». Y el ensueño geográfico y la nostalgia marinera, a caballo de las indicaciones de origen: este Brasil, este Madagascar, estas Azores y aquella Jamaica donde los cañaverales deben de tener sabor de ron. Y la isla que nos habla de Robinson. Y la isla que nos habla de Bernardin de Saint-Pierre. Cada etiqueta con su carga a saber; cada signo, con su exorcismo de cultura. La lucidez avanza impávida entre los más turbios y viciosos meandros de la embriaguez. Una vez más pude allí repetir aquel soberano gesto adamítico, el dar su nombre a cada criatura del mundo. Nombrarla, que es poseerla; ponerle título, que es limitarla. Ceñirle en un concepto lógico, erizado de clavos y vidrios de botella.

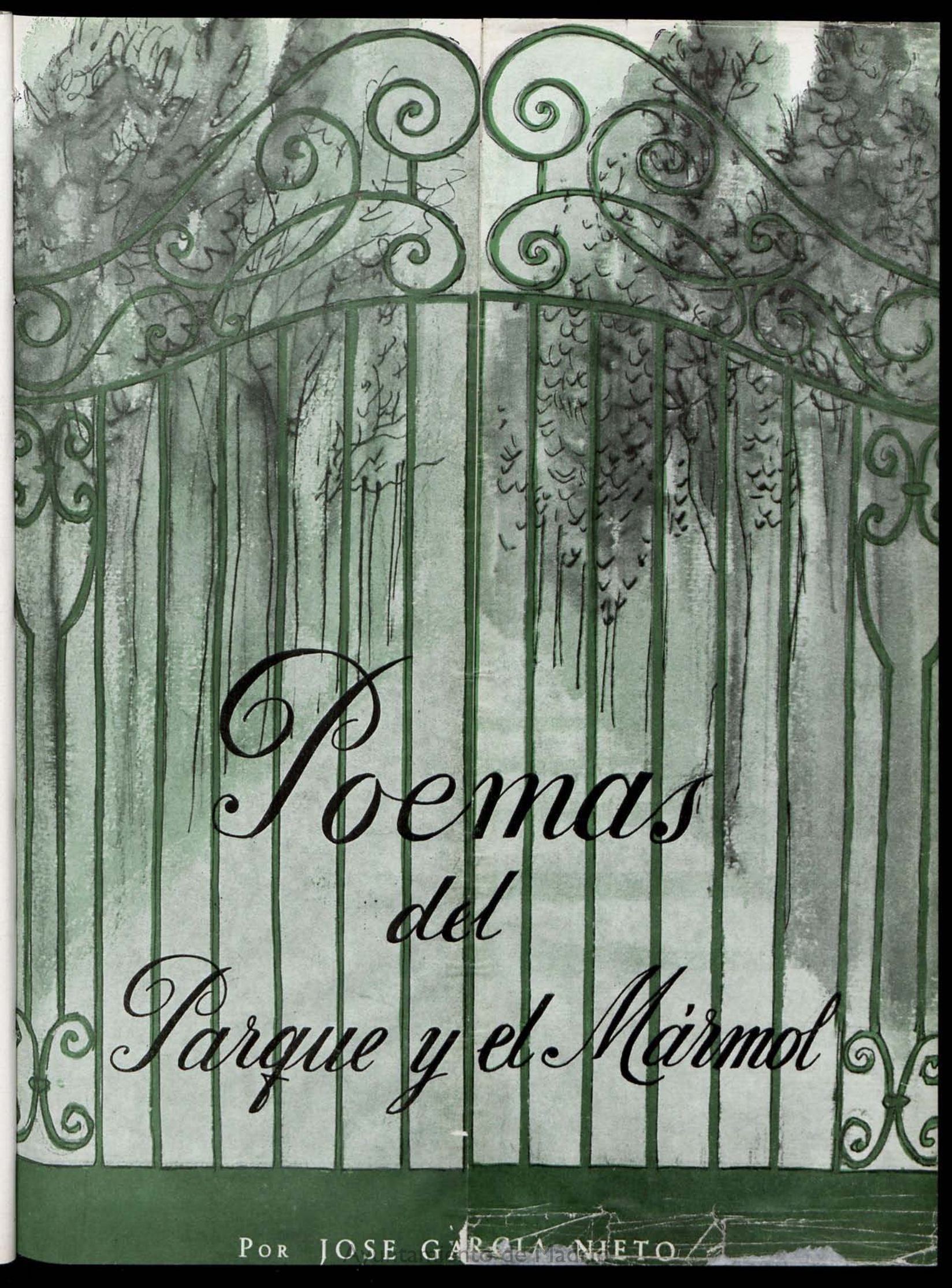
Como el mayoral que marca al rojo hierro el flanco de cada res de su propiedad, señala el hombre su imperio sobre el cosmos, colgándole a cada ejemplar del jardín botánico su definición. Llaga ésta el tronco; no lo anemia ni empobrece. Florecer en latín es todavía una manera de florecer. La savia se ha vuelto docta y el nombre, sin secar su ternura ni interrumpir la ascensión de sus jugos, confiere a esta ascensión una eminente dignidad.

La espiritual cosecha de la visita a un jardín botánico no se limita, empero, a ese lote de recuerdos embriagadores y de voluptuosas nos-

talgias. De sus gruesos macizos, de sus frondas castigadas, nace igualmente algún juicio de valor. ¿Cómo no evocar, al ver a esas plantas florecer en latín, ciertas cuestiones sobre la poesía y la ciencia, sobre la poesía de la ciencia y la ciencia de la poesía? ¿Cómo no pensar en aquel sentido romántico de la vida, contrario al que tiene aquí su templo neoclásico o clásico; en el sentido que representa la flora libre y salvaje? ¿Y, cómo no pensar —a poco que la lección haya sido entendida—, con desprecio?

FOTOS: LOYGORRI

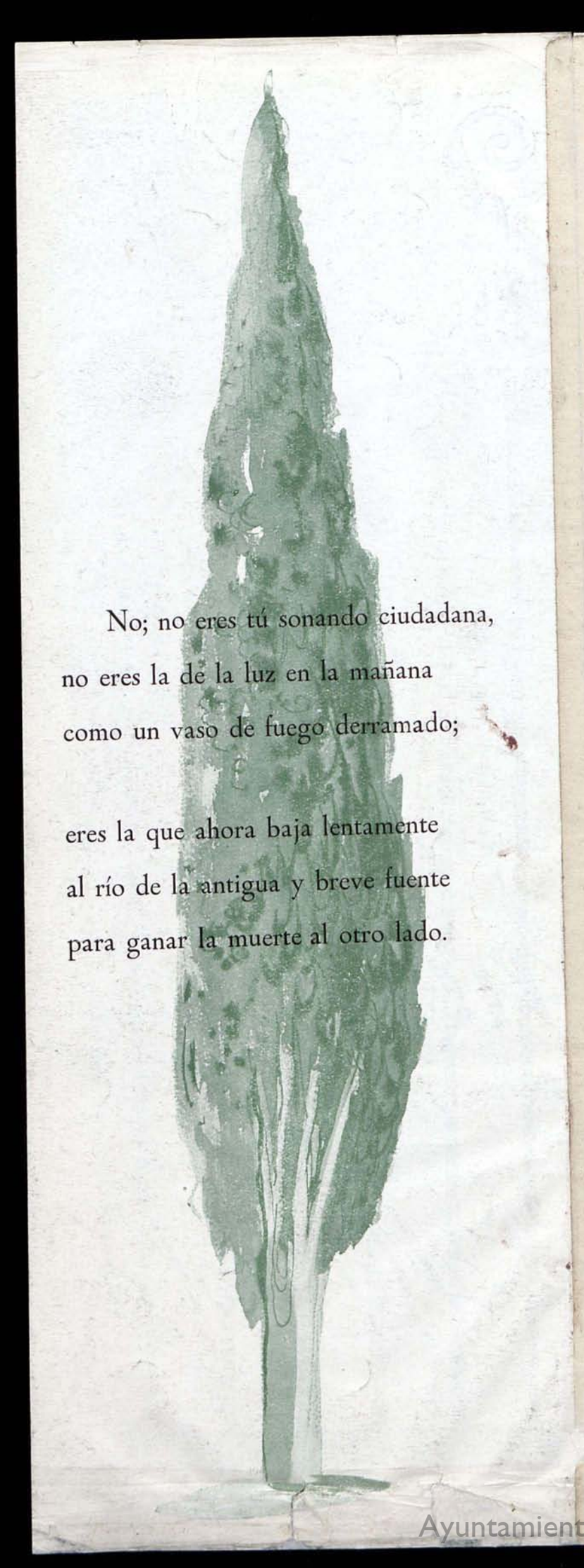
Ayuntamiento de Madrid



Poemas del Parque y el Mármol

Por JOSE GARCIA NIETO

Ayuntamiento de Madrid



No; no eres tú sonando ciudadana,
no eres la de la luz en la mañana
como un vaso de fuego derramado;

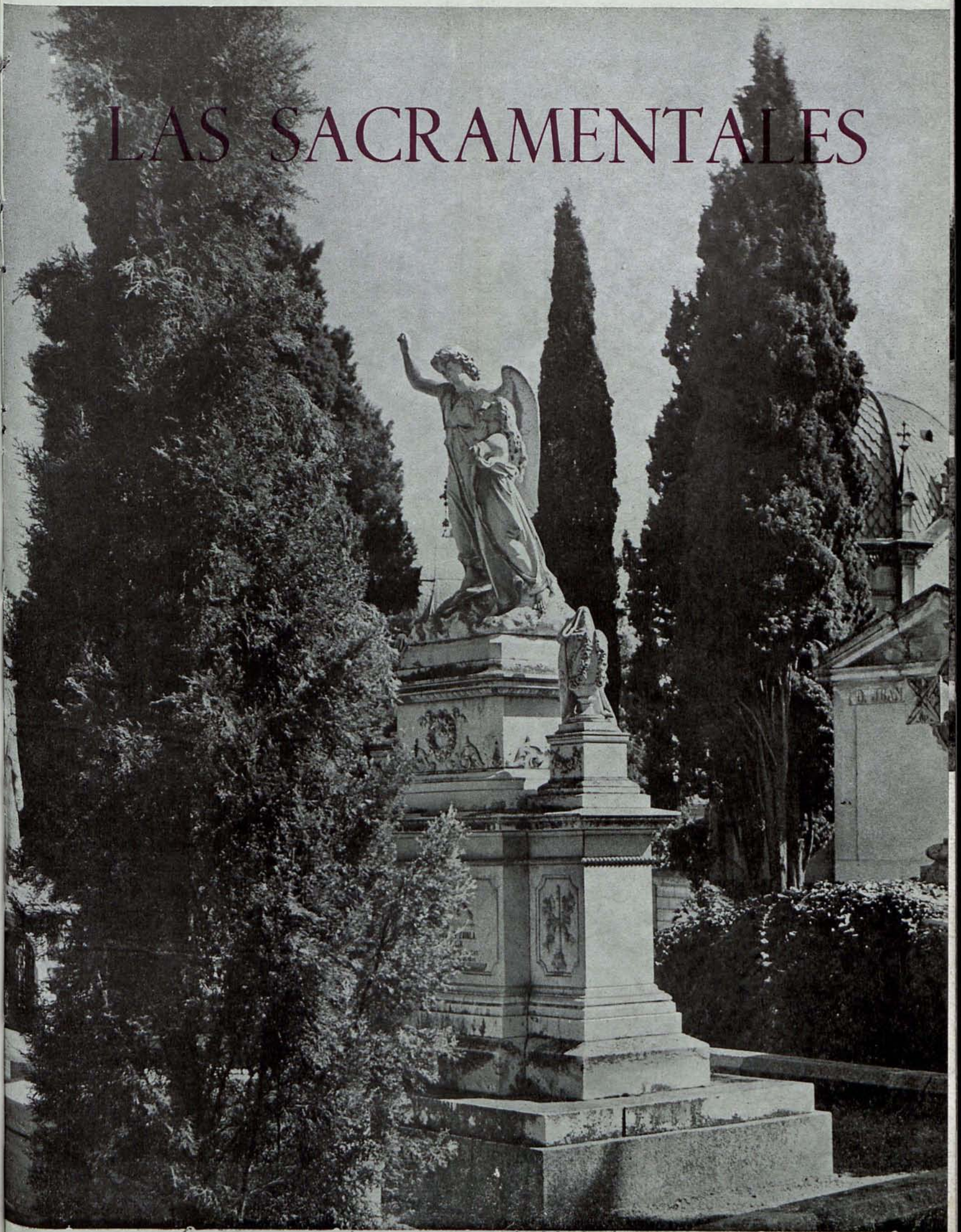
eres la que ahora baja lentamente
al río de la antigua y breve fuente
para ganar la muerte al otro lado.

Apenas ya te miro, ciudad mía,
de tanto andar y envejecer contigo,
de tanto ser tu descuidado amigo,
de tanto comprobarte cada día.

Estás ahora a mi espalda, y todavía
te quiero más allá, más te persigo,
y hoy te sorprendo aquí, quieta conmigo
en la tarde de otoño larga y fría.

Ayuntamiento de Madrid

LAS SACRAMENTALES



Ayuntamiento de Madrid

PARQUE DEL OESTE

¿No recuerdas, camino serpeante,
la mano que a tu lado se movía?
¿Y mi pregunta alzada un mediodía
de oro? ¿Y su respuesta vacilante?

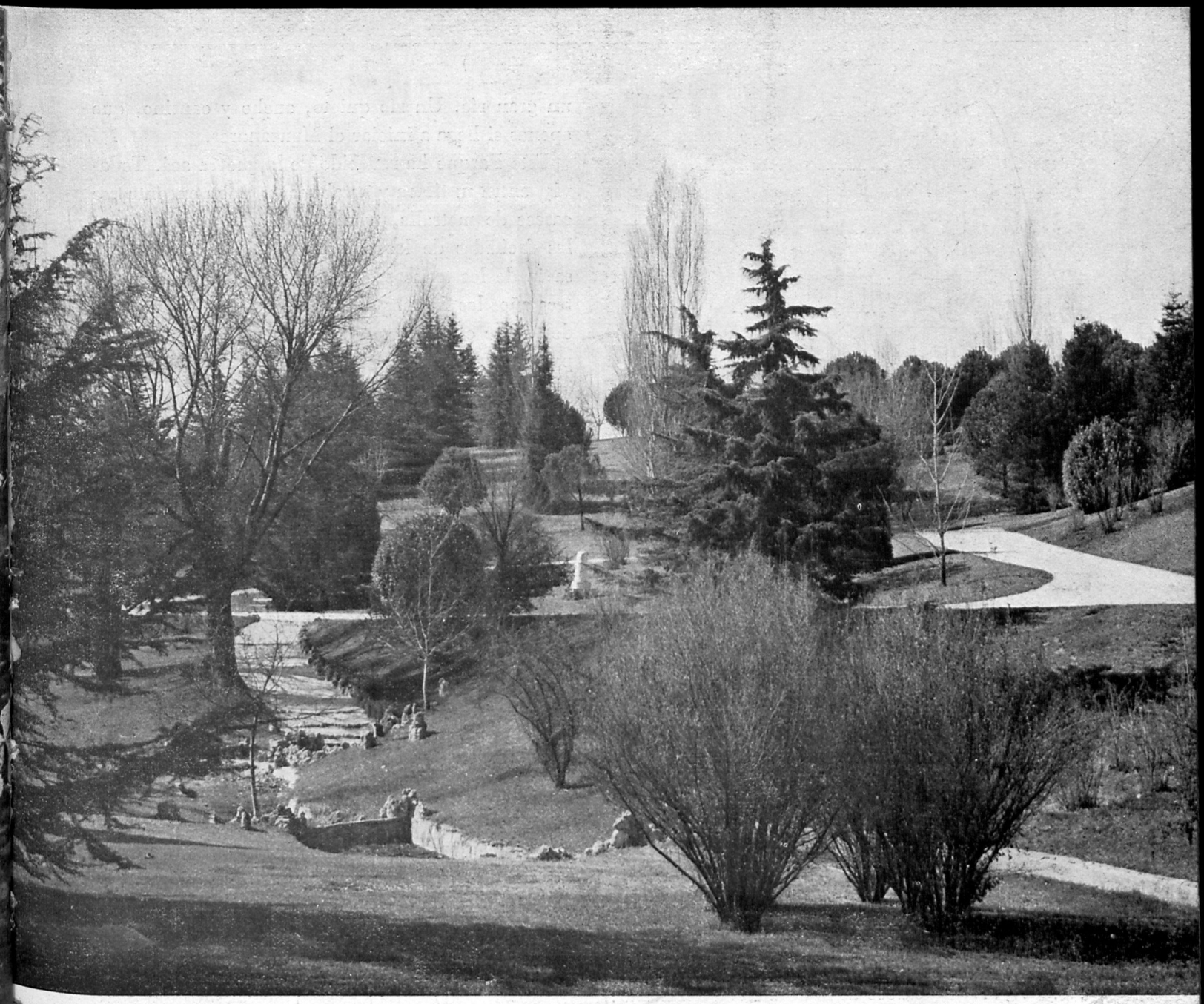
Un árbol era entre el verdor cambiante
de los árboles: nidos acogía,
savia alcanzaba, sombra perseguía;
tuve el agua a mis pies, la flor delante.

Pasó luego la muerte y fuí deshecho
como tú, y la ceniza de mi pecho
quiso volver de nuevo a lo que era.

¿Somos aquéllos, dime? Oh, tiempo breve.
Y, sin embargo, el corazón se atreve
cien veces a intentar la primavera.

José GARCIA NIETO

(Del libro inédito *Geografía de amor*. Premio Nacional de Literatura, 1957.)



PARQUE DEL OESTE

Por MANUEL POMBO ANGULO

EL Parque del Oeste es un parque abierto. Así como en Madrid —desde el Retiro a Liria, desde esos jardines que asoman entre viejos tejados y a los que anima el nombre y el recuerdo de don Cecilio Rodríguez, hasta los pinos y los cipreses de Puerta de Hierro— las zonas verdes son íntimas, como dispuestas a los juegos familiares, el Parque del Oeste se despeña por su horizonte. El horizonte lo vale.

Ayuntamiento de Madrid

Esta ventana de Madrid da a un paisaje de bellas lejanías, a una sierra que, a veces, recuerda Granada y a su mágico cinturón blanco. Por sus otros costados, Madrid carece de belleza en su horizonte: es seca, amarilla y parva, como puede serlo el trigo. Cara a la sierra, el paisaje de Madrid toma un verde tono de cetrería. Parece que aún sonasen las cuernas que llevaban al Emperador las mejores reses de la caza en los cotos de Bobadilla.

El Parque del Oeste corresponde a un concepto abierto y dilatado, de jardín, que no se esconde en el laberinto, sino que se muestra en la pradera. Los árboles tienen, por ello, un cierto valor escultórico en este jardín de céspedes cuidados que enmarcan, solitarios, los cedros y los abetos. Los cedros tienden sus ramas majestuosas; sus ramas preparadas para el vuelo. Los abetos se erizan, como una curiosa escarcha verde. Más lejos, los álamos —los finos álamos plateados que Machado miró, como lanzas, contra el cielo de Soria— hacen pensar en un gran río. Un río quieto, ancho y cansino, que apenas si llega a iniciar el Manzanares.

Este Parque ha renacido de la guerra acá. Todavía, entre su tierra y su abono, pueden encontrarse cascos de metralla, trozos de bomba que hirieron las fachadas de las casas, que hicieron brotar la savia de los troncos como de una herida. Durante tres años las fuerzas nacionales asaltaron el Parque del Oeste o montaron guardia a sus puertas. Esas puertas que nunca pueden ponerse al campo, pero que allí eran necesarias para que no se colase, a hurtadillas, el enemigo. Yo mismo bajé, en un ataque loco y amoroso, hasta la fuente de la vaguada. Cuando atacábamos Madrid, poníamos en la lucha una antigua pasión de rescate. Como los caballeros que tenían su corazón entre rejas, así mirábamos Madrid desde la avanzadilla del Hospital Clínico. Madrid estaba muy cerca y muy lejano. Foxá escribió, por aquel entonces, unos versos en los que lloraba la melancolía de esta proximidad y esta distancia.

De uno y otro lado se disparó contra el Parque del Oeste. La tierra fué removida y el sol de las batallas cayó sobre un verano sin agua. La curva en paz de los surtidores, de las mangas de riego, cesó, y su sequedad fué agostando las hierbas y dando otra vez barro a los vertederos. Fué como si se desnudase algo que cuidamos mucho; como si

Ayuntamiento de Madrid

una extraña enfermedad hiriese la epidermis de aquellos jardines y dejase sus huesos al descubierto, amarillos, sin gracia. Languidecieron las tuyas, y los pinos, y los sauces pendieron, como cuerdas, sobre los estanques sin agua. Los obuses mutilaron los troncos y los astillaron, como en una brutal agresión o en un terremoto. Poco a poco se destruyó la obra de una cariñosa y paciente civilización. Arriba, las casas, heridas de metralla, mostraban sus ventanas sin cristales; sus ventanas huecas, abiertas sobre la soledad. Las gentes huyeron del parque y sus alrededores. El mirador de Rosales, donde las parejas se daban cita en el romanticismo del atardecido, se transformó en una especie de avanzada, con metralleta y protección de cemento. Y los niños no jugaron, por las pendientes verdes, que acababan en las plazas, donde las combas batían el aire al ritmo de las cartas que llegaban de Orán.

Desde nuestro puesto de mira, sin embargo, se veía muy verde el Parque del Oeste. Y, a veces,

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

en el corazón se posaba la nostalgia de pasear sus avenidas y sentarse en uno de sus bancos a ver correr las horas, o a leer, como en nuestros tiempos de estudiantes.

Ahora el Parque lo es de nuevo. Todo pasa y nosotros también. El dolor y el desgarre del Parque del Oeste pertenecen a una época en que éramos jóvenes y soldados. Después, España se ha ido rehaciendo lentamente. Hay una poderosa constancia en este crecer, pulgada a pulgada, de los árboles; en este sembrar y resembrar la hierba; en este caer y recaer del agua, para conseguir que, a lo último, nazca una flor. Yo amaría para mi Madrid muchos de estos jardines. El Jardín no es sólo la poesía del hombre; es su lujo. Que mi pueblo pueda permitirse lujos poéticos, constituye mi máxima aspiración. Porque la política de los jardi-

Ayuntamiento de Madrid

nes debiera cuidarse de un modo especial. No son necesarios, y muchas veces no son posibles, los grandes parques, los parques tradicionales y ostentosos, que esmaltan las bellas capitales de Europa. El Tiergarten, San Souci, las Tullerías, el Retiro, este mismo Parque del Oeste, precisan un tiempo y un espacio; pero yo amaría que en Madrid brotasen esos jardines escondidos, casi vecinales, que os sorprenden a la vuelta de una esquina, en torno a las ruinas de una iglesia, florecidos de piedras antiguas, de capiteles con monstruos, de arcos quebrados. Jardines con bancos para el idilio o el recuerdo. El sol se quiebra en las hojas de estos jardines, y deja un polvo dorado, como el de las vidrieras en las catedrales. Todo es paz, reposo y ese canto a la rueda rueda con el que los niños aprenden a dar, imaginativamente, la vuelta al mundo.

Ayuntamiento de Madrid

En Madrid existen estos jardines, estas plazas de nombres sonoros y árboles que evocan siempre los del jardín Botánico. El ruido de la ciudad se para en ellos, y parece que una especial intimidad los bañase. Pero no son bastantes. Con ocasión de derribos que se proyectan, de lugares aún no edificados, de palacios que cerraron sus puertas, o de avenidas que han de abrirlas, podrían crearse más y más. No tienen importancia, pero tienen belleza. Y le dan al barrio una especie de aroma, sencillo y simple, como el de esas flores menestrales que se colocan, en las cómodas, a los pies de las Vírgenes.

El Parque del Oeste, pese a sus dimensiones, posee también este encanto, sutil y recatado. Es un parque, a la vez, mundano y provincial. Si su horizonte es de todos, su laberinto se reserva, exclusivamente para aquellos que sepan recorrerlo.

Este año se ha abierto en el Parque del Oeste una colección de rosas. Constituye una de las más bellas de Europa. Una fuente y una estatua le dan rumor y contextura. Piedra, agua, flor, y como dijera Juan Ramón, «todo sin precisar tocarse».

FOTOS: LOYGORRI - DIBUJOS: EDUARDO VICENTE

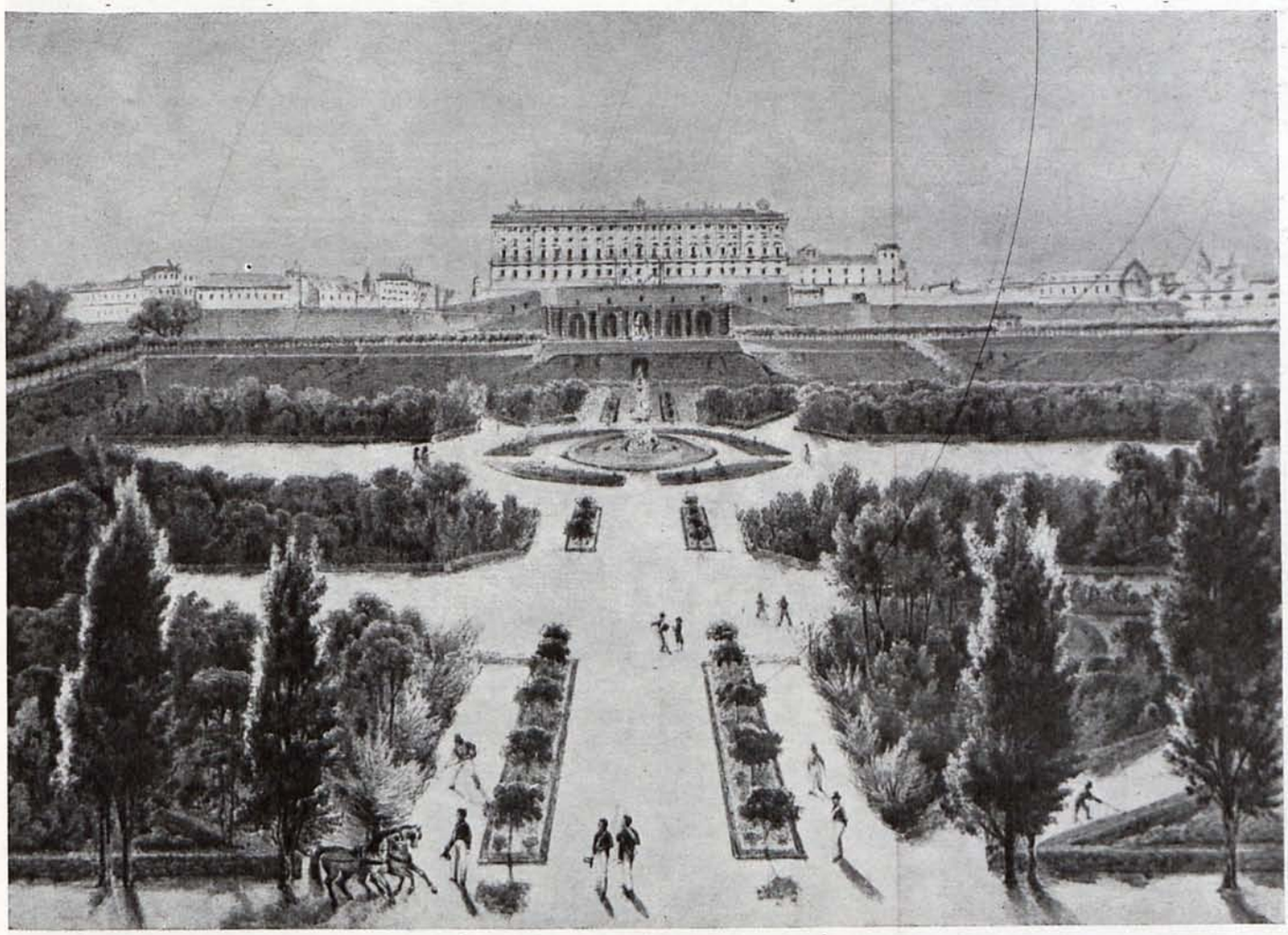
Ayuntamiento de Madrid

El CAMPO del MORO y los JARDINES de ORIENTE

Por JUAN ANTONIO CABEZAS

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

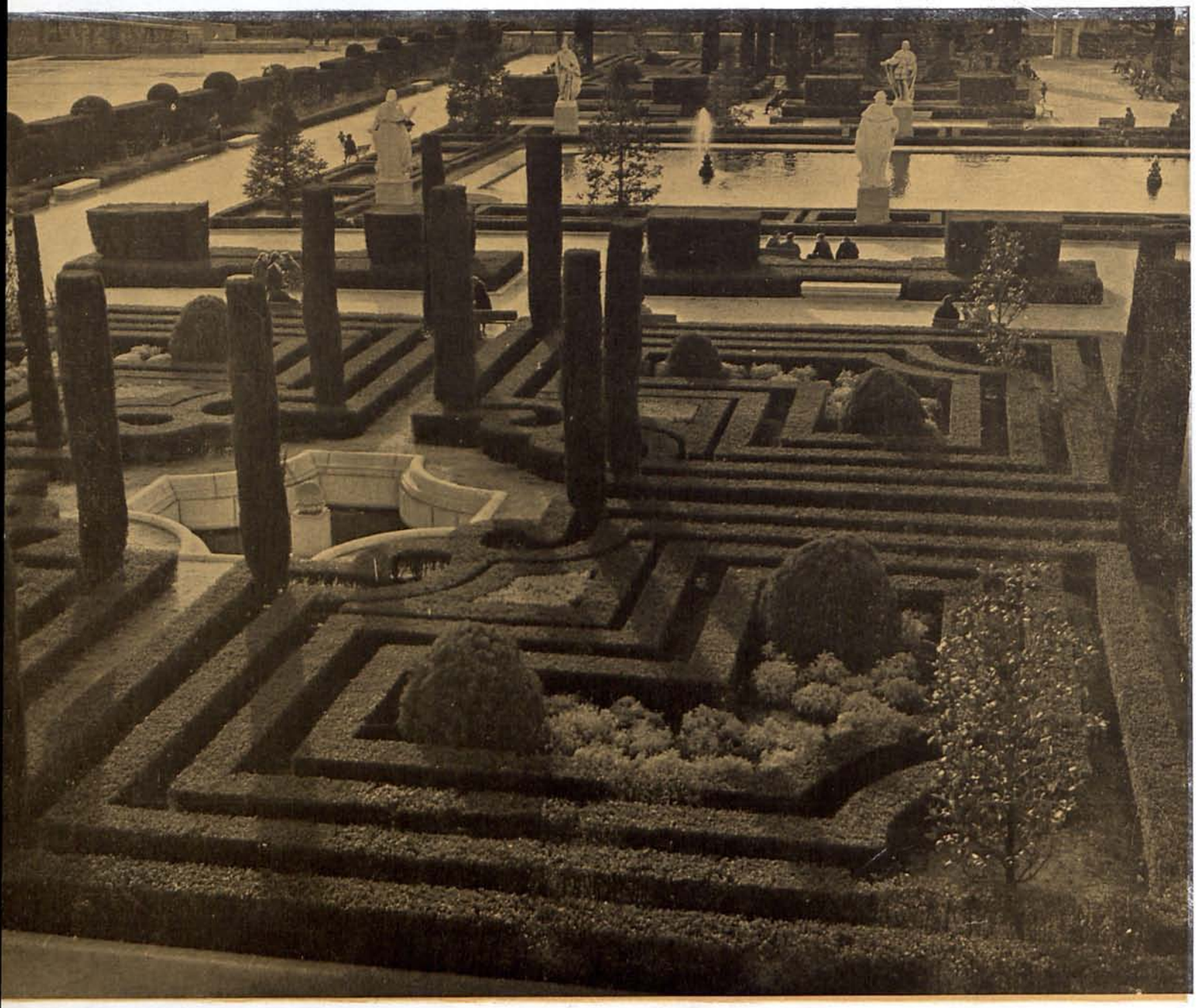


"Su apacible sitio ameno,
de las flores y las damas
es el cortesano imperio."
... ...

En esa orilla campesina y forestal, donde Madrid limita al Oeste con el Manzanares, está el Campo del Moro, hoy frondoso y casi desconocido jardín —arquitectura y paisaje—, ya que este cerrado parque madrileño no puede verse si no es con la referencia arquitectónica del Palacio de los Borbones, su límite oriental.

Puede decirse que las brisas refrigeradas del Guadarrama, que llegan a Madrid por la cuenca del río, antes de entrar se purifican, a fuerza de peinar hojas y pájaros, en este pulmón vegetal que forman la Casa de Campo y el jardín o Campo del Moro. Aunque más que jardín es una pequeña selva, rodeada de rejas impenetrables, que baja desde los contrafuertes occidentales del Palacio hasta el río. Tiene una salida hacia el Puente del Rey y la Casa de Campo, al otro lado del Manzanares, por un túnel artificial construído en el siglo XVIII, cuyas entradas, cerradas con rejas, tienen una graciosa decoración hecha con trozos de rocas, con la que se buscaba una aparente e ingénua rusticidad. Dentro del bosque, conocido por Campo del Moro, existen algunas fuentes monumentales, avenidas frondosas, recodos umbríos con

Ayuntamiento de Madrid



Detalle del jardín llamado de Sabatini, tangencial al viejo Campo del Moro.

ambiente de bosque, al que contribuyen bandas de mirlos que todavía no cantan en cinta magnetofónica.

«Mañanas de abril y mayo» es el título de una comedia de Calderón, a la que pertenecen los versos transcritos al principio, y cuya acción se desarrolla en gran parte dentro de los deliciosos y bien cuidados jardines cortesanos o Campo del Moro, que se extendían desde el viejo Alcázar madrileño de los Felipes hasta la ribera forestal del Manzanares.

Del moro, pues moro hubo, que dió su genérico nombre al bosque y ladera, después jardín cortesano, donde se celebraban los inocentes regocijos a que en aquellos siglos eran muy aficionados los reyes y magnates, dice una historia, con ribetes de leyenda, que se llamó Aben-Jucef, rey de los almoravides de Africa y que en 1197 acampó con sus huestes o «sentó sus reales» precisamente en la falda de la colina sobre la cual se alzaba el primitivo castillo (de ahí el «Madrid, castillo famoso» del romance) que más tarde Pedro el Cruel, y mucho más tarde aún Carlos I, después de la victoria sobre los Comuneros, iban a convertir de fortaleza en Alcázar.

Fué por el breve acampamiento que Aben-

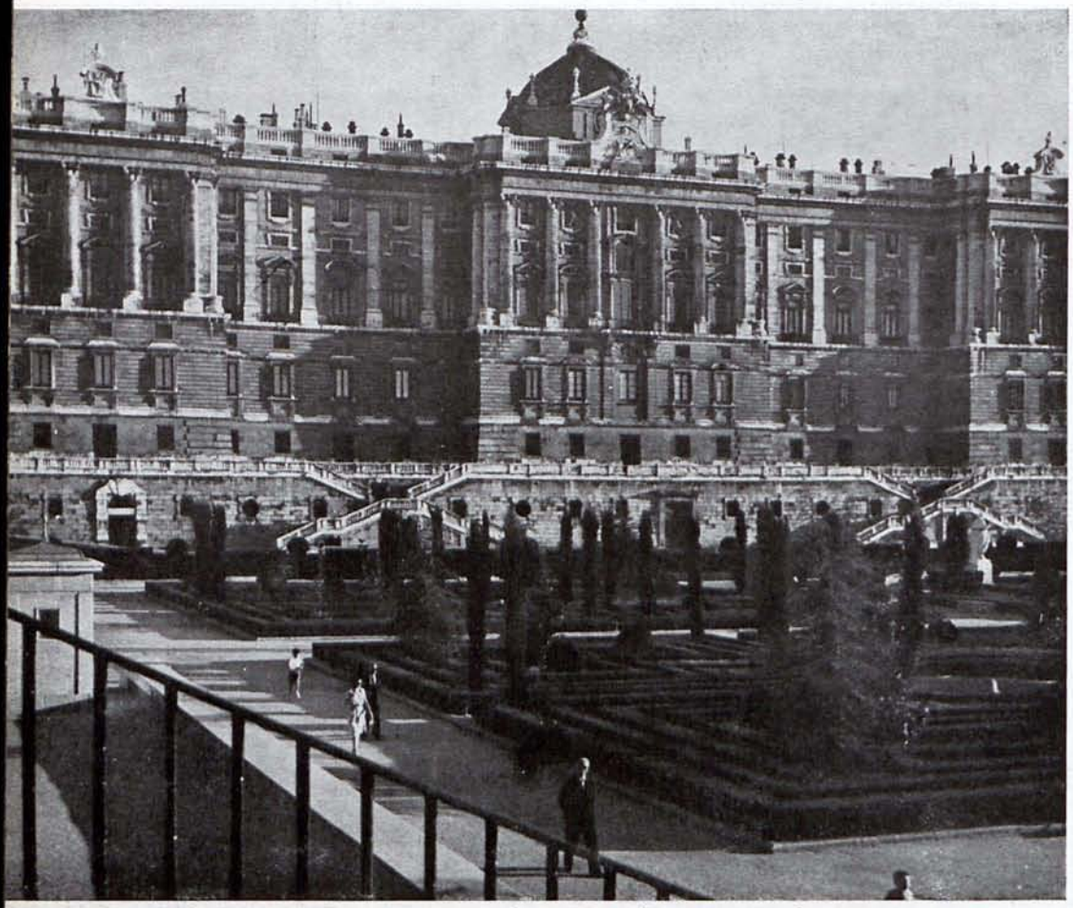
Ayuntamiento de Madrid

Perspectiva de los jardines de Sabatini en su confluencia con el Campo del Moro.

Jucef hizo en aquellos barrancos por lo que se quedó el campo o bosque inmediato al Alcázar con el nombre de Campo del Moro. Y fué don Felipe II quien al venirse a residir al viejo Alcázar, cuyas reformas iniciara el Emperador y continuó él, cuando en 1561 envió una orden al arquitecto don Luis de la Vega en que le decía que «teniendo determinado ir con su casa y Corte a Madrid, deseaba que las obras estuviesen terminadas en el plazo de un mes». Para cumplimentar la orden del monarca, el corregidor de la villa citó a todos los obreros de la construcción que había en Madrid para que dejasen toda otra obra y se fuesen a trabajar al Palacio. No consta si se terminaron las obras en el tiempo previsto en la orden real, pero es lo cierto que en ese año se trasladó por primera vez la Corte desde Toledo a Madrid con todo y el «sello real de los Tribunales».

Parece ser que el llamado Campo del Moro era entonces menos de lo que después se conoció y aún hoy conserva ese nombre. Pues consta que el rey Felipe II, muy aficionado a plantar árboles en torno a los sitios reales, compró, al oeste del Alcázar, terrenos para formar un parque real lleno de atractivos, digno marco del Palacio y lu-

Ayuntamiento de Madrid



Fachada occidental del Palacio, con las escalinatas de bajada al Campo del Moro.

gar propicio para las diversiones cortesanas y aristocráticas, que no siempre eran juegos inocentes, ya que, según nos descubre Calderón en la sátira de su comedia, eran frecuentes ciertas licencias que se tomaban las damas, tapadas o embozadas, que allá, bajo la arboleda del Campo del Moro, se hacían las encontradizas con los galanes cortesanos que, en busca de aventuras o aventurillas, bajaban al parque, al parecer no tan cerrado como en la actualidad.

De nuevo la Corte en Madrid (1606), don Felipe III continúa las reformas del regio Alcázar y el embellecimiento del Campo del Moro, por entonces único lugar de recreos para las reales personas. De esa época es el pasadizo secreto, forrado de azulejos y adornado con estatuas, construído para bajar del Palacio al Parque, donde se habían realizado notables mejoras.

Más tarde, durante el reinado de Felipe IV, se hicieron nuevas obras en el Campo del Moro y se habilitó el Parque cortesano para celebrar las fiestas públicas y hasta lidias de toros al estilo de la época.

Cronistas y poetas, principales ingenios de aquella Corte, en la que mandaba y gobernaba España a su capricho el Conde Duque de Olivares, en la que se «protegían las artes y las letras», según reza la historia, aunque también dice ésta que se enviaba a Quevedo con pesados grillos a San Marcos de León, no condenado a muerte, pero sí condenado «a que se muera», según su aguda y dolorida expresión, celebraron con inspirados versos y extensas prosas una hazaña del rey Felipe IV, que no fué contra ninguno de sus muchos enemigos, sino contra un toro jarameño de los que se habían traído al Campo del Moro para una improvisada lidia.

Eran los días de Felipe IV, el rey que utilizó tres genios de la época (Velázquez, Tacca y Galileo) para que le construyeran esa autoestatua que, realizada por el gran escultor florentino, sobre un dibujo de Velázquez y calculadas sus proporciones por el gran matemático Galileo para que, pese a sus dieciocho mil libras de bronce, se mantenga el caballo en tan airosa actitud, está considerada hoy entre las mejores estatuas ecuestres

Ayuntamiento de Madrid

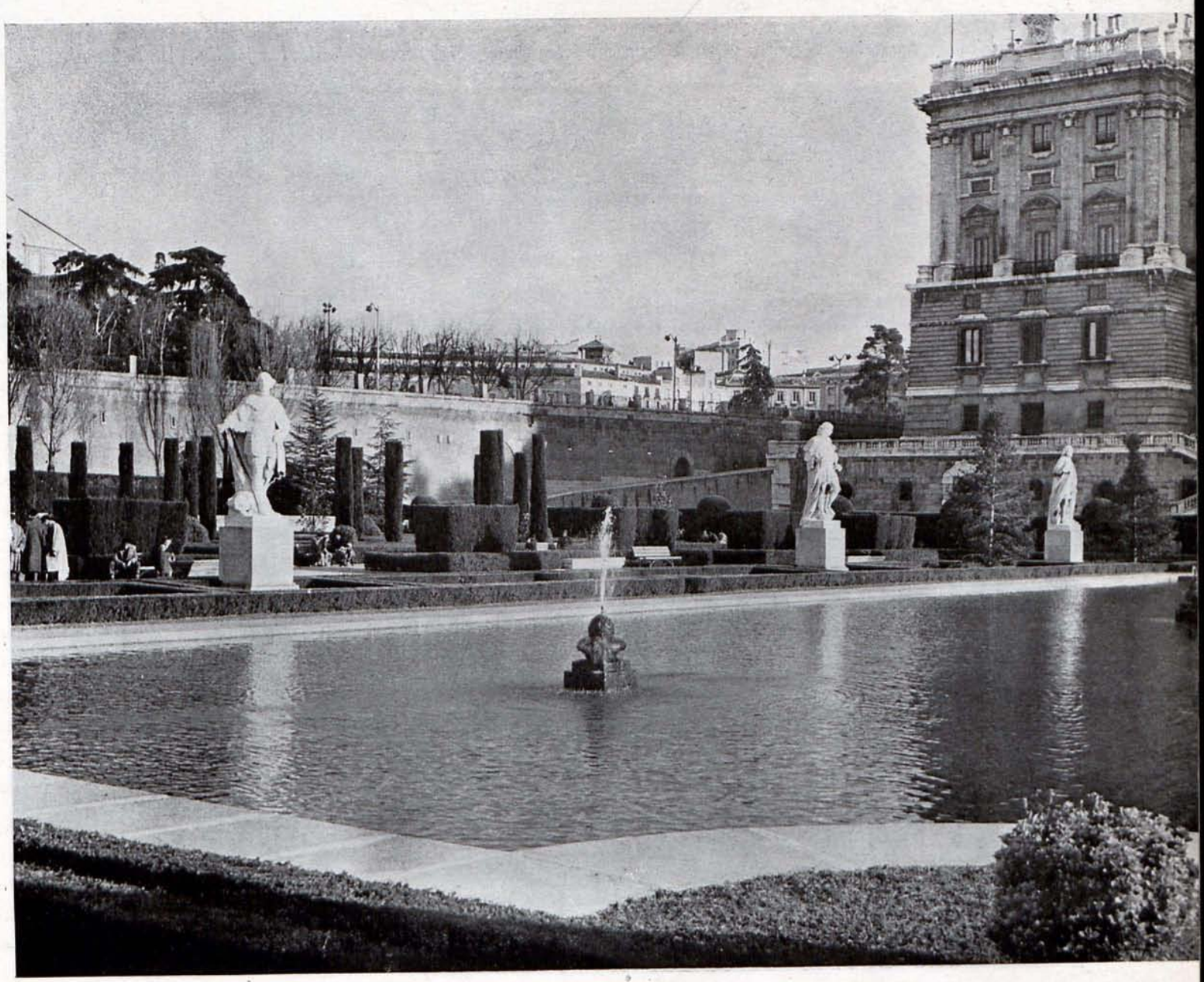
del mundo, se terminaron las reformas del parque cortesano o Campo del Moro. Tan importantes fueron las obras que hubo algún año en que lo invertido por el Ayuntamiento sobrepasó el millón doscientos mil reales.

Con el tiempo se hicieron en el siglo XVIII dos grandes rellenos en torno al Campo del Moro. Uno, el del barranco que existía entre este parque y la montaña del Príncipe Pío, donde se puso la Puerta de San Vicente, y otro, en la hondonada que separaba el parque de la ribera del Manzanares, sobre el cual se instaló la calle que iba a unir la Puerta de San Vicente con la Ronda y Puente de Segovia, aguas abajo del río, elevada sobre la campera o pradera de la Virgen del Puerto.

Pero la principal reforma del Campo del Moro, la que lo convierte en cerrado jardín palaciego y le da su fisonomía actual, es la que iniciaron aquellos dos grandes reformadores de la topografía urbana del Madrid isabelino, que se llamaron don Agustín Argüelles y don Martín de los Heros.

Las reformas, que no sólo alcanzaron al Campo del Moro, sino a la Plaza de Oriente, que permanecía en el mayor abandono desde que el rey

Uno de los estanques del jardín de Sabatini.



Ayuntamiento de Madrid

Pepe, el francés, derribó los inmuebles vulgares que impedían la gran perspectiva que ofrece hoy el Palacio, se iniciaron en el año 1840 y se prolongaron las obras durante casi todo el reinado de Isabel II. También en la actualidad realiza el Patrimonio Nacional obras de importancia en el Campo del Moro, después de las cuales acaso se permita la visita turística, como se permite la entrada en el Botánico, con objeto de que se pueda ver el Palacio por su fachada desconocida.

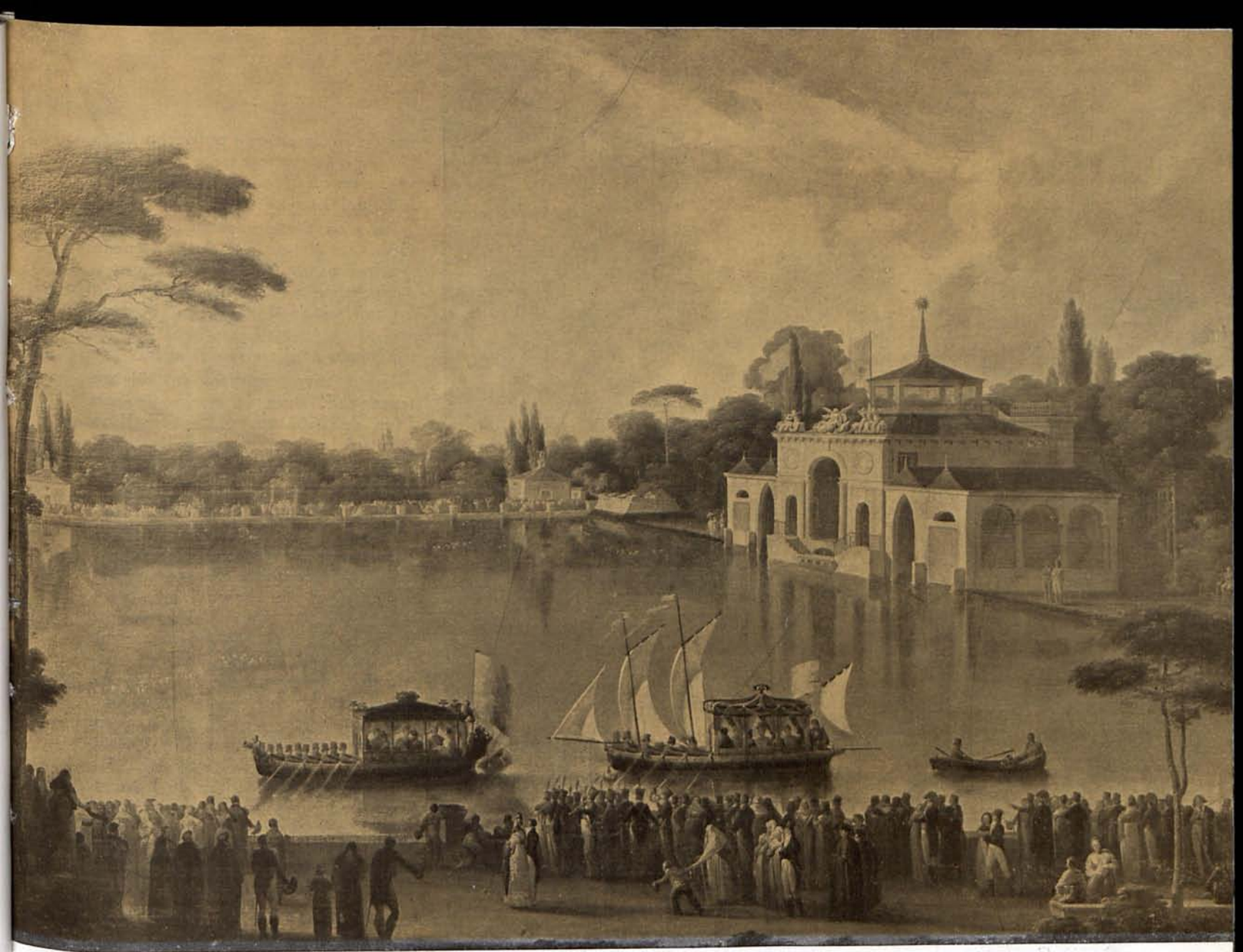
En todo caso siempre se le conservará a Madrid un bello rincón forestal, una isla de paz, en cuyas arboledas se pueden oír cada primavera las líricas flautas de los mirlos que todavía no cantan en cinta magnetofónica.

Madrid, 1958.

FOTOS: LOYGORRI

Curiosa perspectiva de torres vegetales y rascacielos madrileños tomada desde los jardines de Sabatini.

Ayuntamiento de Madrid



Ramón

EN EL RETIRO

El Lago mayor de Madrid

Este estanque del Retiro parece que estaba ahí desde el principio de la Creación, como, según Pinelo, la altura que hubo que rebajar detrás del monumento al Dos de Mayo «estaba allí desde el principio del mundo». No tiene trazas aquello de una creación artificial. Indudablemente, como laguna lacrimatoria de los cielos o como regato sisón de las aguas de algún arroyo de los que han pasado a su vera, el estanque del Retiro estaba en su sitio cuando el valido se decidió a hacerle jardín de las delicias de su señor.

No tiene el estanque del Retiro ese destino voluble de las cosas artificiales. Su permanencia es, indudablemente, superior a la voluntad de los hombres, que, si no, ya hubieran encontrado manera de cegarle, si no por nada, por colocarle en otro sitio.

Ayuntamiento de Madrid

En todos los grabados es citado, aunque se le llame de distintas maneras; casi siempre, estanque grande.

Eso sí, ha tenido épocas distintas. Primero, una época rústica; después, en el mismo siglo XVII, en los primeros años, una época medio rústica en que quedaba en los confines del jardín, donde ya no había arbolado, junto a las tapias primitivas del Retiro, que lindaban con él. Hacia la mitad del siglo XVII ya comienza a ser el centro de los juegos en el agua, a que son tan aficionados los reyes. Como el corazón humano es tan elemental, názcase donde se nazca, siempre se siente el deseo de jugar sobre el otro elemento, sea como sea, metiendo las manos en el agua, como los niños, o paseando en barca, como los mayores, o cruzando el mar en un gran barco, como los mayores de los mayores.

La regia falúa navegaba por el gran estanque en esa época, una de esas hermosas falúas que son como inmensos cisnes o lechos de placer que bogan sobre el agua como por un sueño. Tenía la regia falúa un embarcadero como el que le queda aún a la regia falúa que se conserva junto al otro gran estanque del Real Sitio de San Ildefonso, regia falúa en negro ébano, que es como la cama de pavés en que murieron blandamente los antepasados de los reyes, y en que fueron pasados al otro lado del Leteo.

En esos tiempos galantes y atrevidos de Felipe IV fué adornado muchas veces el gran estanque, y comenzaron a nacer de sus aguas en las noches apasionadas las luminosas espadañas y flores acuáticas de los fuegos artificiales del agua.

Hasta tuvo entonces su célebre tempestad, pues la noche de San Juan de 1640 un súbito torbellino dispersó las barcas, apagó las luces, desbarató las tramoyas, causó el pánico en todos.

En 29 de junio de 1695 se representó en la isleta central del estanque grande la comedia «Los encantos de Circe» sobre un gran tablado, en el cual se había formado un espeso bosque con grandes montañas, árboles, fuentes y volcanes, yendo Circe por el agua, en un carro triunfal, tirado por dos delfines, a deshacer los encantos. La fiesta terminó con danzas en la tierra y en el estanque, y duró seis horas, acabándose a la una de la madrugada.

Después de esta época de los embarcaderos, que eran como palacetes del Indostán que llevaban al mar de los dragones, pues el genio del agua aún daba boqueadas de espanto en la gran pecera, viene la época de los embarcaderos populares, en que se sentía la inconsistencia de las tablas sobre el agua. Como se iba a asomar los ojos por los iluminados panoramas de los veráscopos, así se entraba en aquel embarcadero que daba al Museo del Agua.

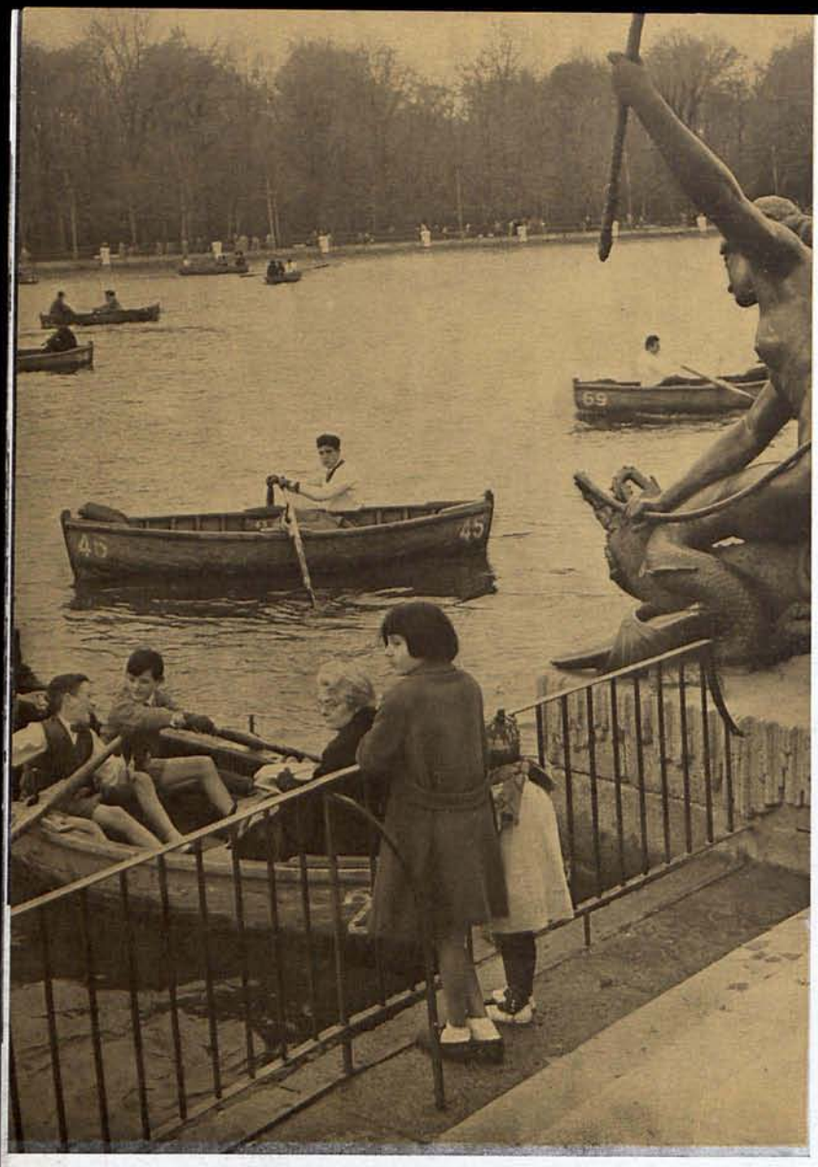
El pánico de los primeros globos es cuando pasan sobre el estanque del Retiro, en que se ahogaban casi sus sombras redondas, y para que el gran Blondin demuestre su valor sobre los miedos del abismo, se prepara su artilugio sobre el estanque, y Blondin pasa por el puente de un hilo como héroe que ha atravesado el Océano.

Los sedentarios de sombrero de copa sienten junto al estanque el encanto de la tierra firme, y los que habían de embarcarse hacia las colonias que aún poseíamos celebraban sus despedidas embarcándose en las embarcaciones del Retiro, dando la congoja del agua a sus familiares: «¡Figuráos así dos meses!».

Numerosos festivales se han celebrado a su alrededor, y los que se hayan estrechado las manos aprovechando la expectación embobada de

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



todos, no lo olvidarán jamás, ni aun en la muerte, pues el festejo en un jardín de grandes árboles y frente al agua oscura y reluciente no sé qué tiene de espectáculo en la dicha del otro mundo ya.

Este estanque principal midió desde el principio 1.006 pies por 443; en el centro tenía una isleta oval, cruzada por dos caminos con árboles y un templete en medio. Había cuatro embarcaderos, y existían en los mismos puntos que ahora las cuatro norias que Alejandro Dumas calificó de capillas. Del estanque grande partía un canal llamado Río Grande, que servía de cercado, y que al llegar a la iglesia de San Antonio de los Portugueses, que se hallaba entre la fuente de la China y el olivar de Atocha, la dejaba en el centro de una isleta.

Esos palacetes de sus esquinas debían de estar bien. Esos palacetes para nadie, espacios de respeto, casillas de las hadas, son muy necesarios en un jardín, llegando a ser profundos, trascendentales y algo así como casitas misteriosas llenas de esencias, y entre todas las esencias, la más intensa y concentrada: la del pasado puro, la de todos los días, uno a uno, con todo lo que pareció perderse.

Estos días, el estanque del Retiro es como algo popular, como el salón de baile de un merendero de entrada empavesada.

Muchos días he ampliado la noche y he esperado que lo abran a las cinco de la mañana —la hora oficial del buen tiempo—. Ya había «cola» junto a la verja a esa hora, formada por esos y esas que ansían tener un jardín y que, ya que no tienen ninguno, se contentan con el mejor de todos. Como osos y osas queriendo abrir la jaula de su prisión, así estaban pegados a la verja esperando que el guarda diese las dos vueltas a la llave y abriese la gran puerta de la catedral con ese esfuerzo con que parecen mover el mundo.

En seguida, abiertas las puertas, el embarcadero comienza a llenarse de gente, y van despachando las barcas para uno —o sibarita o suicida—, las barcas para dos y las barcas para esa colección de remeros que imitan a los alemanes y a esos suizos embobecidos que se mueven como muñecos mientras el del timón les grita un «¡Hum!» monótono y ritual.

Antes, en el embarcadero había contratados unos músicos de bautizo que tocaban su repertorio: «la música inefable y argentina del bautizo», que tira montones de calderilla en notas; la música de «la boda» y la música del «día de santo».

Hoy se celebra sin música la gran cabalgata en barca. El estanque resulta grande sin llegarse a atestar de barcas, mostrando siempre caminos amplios a la navegación. Muchos marineros, como Cristóbales Colones, van buscando ese rincón de sombra, esa Citerea que su ingenuidad supone que, yendo en su barca mar adentro, lograrán descubrir.

La expectación es grande; pero los que más disfrutan son los que están en tierra junto a la balaustrada de hierro y ven todas las peripecias, y no se acercan a aquella muchachita que desde lejos parece bella e interesante.

El estanque del Retiro es el gran vaso de agua de Madrid, el gran vaso de agua en que se acucia su cielo y su ambiente. Consuela más que parece, y si faltase, quedaría una desdichada sed de él en el aire de nuestros días.

Junto a sus aguas, en el lado del paseo, se siluetean las figuras como en ningún sitio, debiendo el transeúnte pasar de largo y no quedarse demasiado, porque de tan visible como se es, se llega a estar desairado.

Su embarcadero es elegante y amplio. Es el segundo ejemplar de sí mismo, pues cuando más completo estaba, cuando más Club de Regatas iba a ser aquello, cuando todo pasaba su mal invierno esperando las mañanitas de mayo, se cebó el incendio en las embarcaciones y hasta en el astillero del Retiro.

«Anoche —dice el "Diario de la Marina" de las ciudades marítimas cuando hay un incendio en el puerto— se declaró un fuego a bordo del vapor ruso "Topoff", y gracias al aislamiento en que se dejó al buque, no se prendieron los numerosos barcos que ayer se habían refugiado en la rada. El capitán, etc., etc.» Y el «Diario de la Marina» se extiende mucho y da valor e importancia al suceso.

Nosotros no tenemos «Diario de la Marina», y por eso este acontecimiento consternador casi no mereció comentario y no se dieron pormenores de él, cuando en el fondo lo que pasó fué que se quemó nuestra escuadra y que hubo un pequeño desastre de Cavite en el Cavite madrileño.

Los «orilleros» son los que siempre están alrededor del estanque del Retiro, una especie de obreros en vacaciones perpetuas frente a los señoritos del ocio.

Sentados sobre el balaustre de hierro rebatido por antiguos herreros, de espaldas al agua y con los pies sobre el alto taburete del asiento de piedra, fueron los

Ayuntamiento de Madrid

precursores de los sillines altos para los «barmen», que han vuelto a la infancia de las altas sillas que usan los niños para poder alcanzar a la mesa de los mayores.

Alrededor de todo estanque hay estos contempladores y parásitos de sus orillas. Los he visto en París, en Roma, en Londres. Tienen especial gusto en estar cerca de los estanques, como si buscasen un sitio neutral de la vida, un lugar junto al que tener las espaldas guardadas.

Los «orilleros» encuentran al margen del agua un término, un límite a la excursión de su pereza, un sitio al que van llegando también los compadres de no hacer nada.

Parece como si todo novillero artesano topase con esa balconada del estanque en el día de su asueto huído del taller.

Los «pillos de playa» en la Corte son algo más compuesto y mejor llevado, resultando «pillos de estanque». Arriban allí a cierta hora y se recrean con el espectáculo del agua, espectáculo en que necesitan acuciarse por una ingénita avidez de aventureros.

Los «orilleros» hacen grupos en que se habla, alrededor de una colilla, sobre hechos del pasado no muy lejano: «Aquella tarde, Vicente Pastor...» «¡Qué relucientes estaban los vagones del «Metro» cuando vinieron de Barcelona!» «Pero ¿no vinieron de Zaragoza?» «Lo mismo da: es la misma línea.» «¡Qué su-

Ayuntamiento de Madrid

culenta está la hija del guarda!» «Sí que está redondita la chiquilla.» «Pregúntala por el bofetón que la dí la tarde de la Virgen.»

La rudeza mal portada de los «orilleros» más de bronce hace seguir la pieza de linterna que es el estanque, una de esas piezas de linterna muy largas que había que ir corriendo empujando el largo y apaisado cristal.

Las «orilleras» asiduas son también especiales, chicas que están recogidas en casa de unos tíos a cuyos hijos tienen que pasear de la mañana a la noche. Saben sentarse de medio lado, siempre en sentido contrario al que las requiebra. El lado del agua es también respiro para una mujer que se ve perseguida de pretendientes. Sin embargo, a veces llega a ese lado algún barquero que la requiebra, anclándose con sus manos a la verja del balaustrín.

Hay «orilleras» eventuales que son damas de pobre viudez, abuelas que al atardecer sacan un bollito de un papel y lo van migando como si rezasen cada pedacito que se comen, pequeños pedacitos, uno más grande en las avemarías.

Las doncellas muy vestidas de doncellas encuentran refugio para lo que tienen de máscaras.

Hay algunas amas de cría que se sientan entre «orilleros» y «orilleras». Son amas de segunda clase, amas de una índole basta que no saben que su alcurnia las aconsejaría no sentarse ahí. Son las amas de que desconfiar, como si hiciesen trampa sentadas allí y saliese mezclada con agua la leche que dan a los rorrillos.

El viejo es un viejo de bigote blanco con las guías rizadas en caracolillo azafranado, el viejo corretón de la ciudad; el jovencito larguirucho es ese chico que, sin parecerlo, da enormes disgustos en su casa; esa mujer envuelta en su mantón de pelo y con una llave en las manos, como si esgrimiese un arma para «el que se atreva», es la luchadora de las vecindades, la más temida hembra de la casa de corredores; esa mujer que pone las bragas a un niño, como si lo acabase de bañar en el estanque, es la mujer que ha tenido doce chicos y le vive sólo ése, el último, el que se morirá también, porque la madre le somete a todos los relentes malos.

Los asiduos de la orilla, los verdaderos «orilleros» y «orilleras» —hay otros muchos sentados por casualidad en ese anfiteatro naumáquico—, son, en una palabra, pueblo empedernido, muchedumbre pimpante y saliente, galápagos de muchas conchas, gallos de muchos espolones, gentes de traza muy castiza, remolones de la vida, anfibios entre la Puerta del Sol y el estanque que vió muchas fiestas de Corte.

Al pasar a la vera de ese público atrincherado junto a la ruleta de barcas y agua se siente cierta aprensión de último mentidero populachero, y se sospecha que todos los allí sentados tienen una perspectiva antigua, de racionistas de otra época, para juzgar las cosas y las apariencias.

Un eco de palabras de molleras duras y de burlonería tosca brota de esos sedentarios de la orilla, gentes que juzgan el paseo que transcurre ante ellos como una corrida de toros o una parada pintoresca del Carnaval cotidiano. La malicia de su posición estratégica parece influir en ellos, y son como marinería que juzga y amenaza desde su malecón.

Ay... Madrid

El Parterre

EL Parterre, ese jardín de un corte de pelo especial, tiene una curiosa psicología, medio de jardín, medio de cementerio, medio de Parque de la Reina.

Tiene una frialdad arquitectónica como de una obra hecha con demasiada técnica literaria. El Parterre está trazado con tiralíneas, valiéndose también el jardinero creador de la escuadra y el cartabón.

¿Cómo recordamos la influencia del Parterre en nuestra infancia? ¿Era un jardín alegre, radiante, claro, o tenía esas complicaciones y esas sombras tendidas que pesan sobre los niños sinceros?...

Nos acordamos de que el Parterre era como un patio confinado, como un sitio en que todos los juegos tenían que ser rectos, paralelos, simétricos. Amábamos jardines en que se gozaba mayor libertad y en que los juegos eran más bohemios y tenían huídas más inesperadas y resueltas, más de bosque, gozando además de mayor cobijamiento bajo los árboles.

«Vamos al Parterre» equivalía en nuestra mente a un continuado juego del aro, llevándolo por carriles de verdura y equivalía también a una especie de cohibición en un salón-jardín, con todos verdores muy ordenados y los macizos, como muebles, muy aristocráticamente distribuídos.

«¡No; al Parterre, no!», gritábamos a la criada, temerosos de estar en jardín tan trascendental, como último detalle del palacio del Rey que hubo en el Retiro, como última supervivencia de él.

Si hubiéramos ido durante todas las tardes de nuestra niñez al Parterre, hubiéramos perdido la espontaneidad y naturalidad, que son tan necesarias. Al Parterre se puede ir de vez en vez para aprender aristocracia, cierta regularidad, cierto modo de saber, calcular y ordenar las cosas.

El Parterre, a mi modo de ver de entonces, me parecía un jardín a cuyo suelo sacaban brillo los que se dedicaban a lustrar el *parquet*, y cuyos macizos limpiaban los jardineros con plumero de plumas sutiles.

Siempre el Parterre parecía vuelto hacia la puerta que da a la calle, y parecía esperar a los príncipes y a toda la comitiva. Tenía también para nosotros algo de pavoroso jardín pedagógico para la infancia, y el pedagogo, el profesor que nos esperaba, era el busto que se alzaba en medio.

Después nos hemos ido formando una idea diferente del Parterre, aunque sin perder como aprensión central nuestra aprensión infantil.

El Parterre tiene hasta por el día un tipo de jardín iluminado y recortado por la luna. Nos recibe, desde luego, con el contraste inlunado de los verdes oscuros y los claros sienas de los caminos. Los cipreses se destacan como en un cementerio, y el monumento a don Mariano Benavente es un monumento completamente funeral, y aquellas estatuas de los reyes que hay allí hacen un papel mausoleónico también.

El Parterre ha seguido siendo para nosotros un jardín desalmado y, sin embargo, atractivo e indispensable de cuando en cuando.

Hay tardes para verlas desde el Parterre; tanto, que algunas veces desandamos el camino emprendido para volver al Parterre, para pararnos allí y ver el tipo rígido del día, el tipo digno de este jardín amanerado, y ver también de paso el fondo, las casas, las iglesias y los museos.

El Parterre va todos los días a la peluquería y huele a loción, y se ve cómo le apuran el corte de la nuca. Todos los sábados, los jardineros del Parterre suenan sus tijeras nerviosas, dispuestas, afiladas. En primavera, sobre todo, huele a corte de pelo reciente a hierba despuntada.

En el Parterre hemos encontrado muchas cosas nuevas a través del tiempo, porque resulta que hay muchas que no se acaban de ver. Hasta si se hiciera una excavación habría hallazgos importantes.

En el Parterre hay muchas fuentes: fuentes con personalidad propia, fuentes pequeñas y fuentes grandes. El sentido de cada una lo

Ayuntamiento de Madrid

hemos ido hallando poco a poco, y aún no lo hemos podido encontrar por entero.

Son fuentes con encantamiento propio y con su delfín correspondiente en el fondo.

Entre los bojes hay los que son como nidos para los niños y sus amas o doncellas, y recordamos haber anidado allí muy gratamente, cubiertos por los quitasoles de los tupidos y bajetones hongos de los bojes, con emoción de pájaros en el corazón del árbol.

En un rincón hay una hornacina, sin nada, en la que se retratan los más engreídos, como si fuesen la estatua que falta.

Ya también el mismo doctor Benavente —se me ha aclarado— es para mí uno de esos doctores, como el doctor Sarabia, como el doctor Pérez de Diego, que cuidan a los niños con fe excepcional y saben tranquilizar a los padres y por teléfono aciertan con la enfermedad, y dicen, dando el consuelo máximo: «Ya ven ustedes si no encuentro grave al niño, que no volveré hasta dentro de tres días.»

El doctor Benavente cuida aún de esos niños que juegan a su alrededor y que por lo menos se mantienen saludables al jugar en el Parterre bajo la vigilancia facultativa.

La historia de ese monumento es sencilla. Don Mariano Benavente murió en abril de 1885, y a los pocos días se reunieron algunos amigos, discípulos del finado y algunos padres agradecidos, acordando erigir ese monumento, que a los pocos meses era inaugurado. En ese grabado que yo guardaba se ve la distancia de aquella época en que se inauguró, y se ve a qué clase de mamás consoló y animó el «médico de los niños».

R A M O N G O M E Z D E L A S E R N A

D I B U J O S : S E R N Y - F O T O G R A F I A S : L O Y G O R R I

Ayuntamiento de Madrid

La bella simetría de la fachada del Museo se realza con el contraste de los verdes jugosos y variopintos de «almeces» y «cedros», «aligustres» y «sequoias». (E. Guinea, fot.)

FLORA DE MADRID

Por EMILIO GUINEA

Canta, pájaro lejano...
(¿En qué jardín, en qué campo?)
J. R. J. (Canción 60)

Tal vez esté la plenitud del jardín en pasearlo con amor. Pasear con amor un jardín equivale a gozar las prodigiosas mutaciones que de continuo se producen en su paisaje.

Entre la luz de su cielo y la condición de su suelo se levanta el surtidor jugoso y atractivo formado por los árboles, arbustos, matas, hierbas y flores que con mano experta y celo vigilante cultiva el jardinero en su recinto. El hedonismo, la elegante doctrina filosófica del placer nació en

Ayuntamiento de Madrid

Un bello rincón de «frondosas» y «aciculifolias» en los jardines de la Fuente del Berro. (E. Guinea, fot.)

un jardín, y éste es el comentario acertado de Eugenio d'Ors a Linneo, el gran botánico y jardinero: «La exégesis de Linneo, el sabio, es una lección de hedonismo que tiene por escenario, si no el huerto de Epicuro, el Jardín Botánico de Upsala.» Nosotros, más modestos, tenemos por escenario de nuestros amores con las flores, los jardines y parques de Madrid.

A principios del otoño de 1925 vine de Bilbao a Madrid atraído por su Jardín Botánico. A lo largo de estos treinta y tres años transcurridos me he gozado mucho en éste y en los otros parques y jardines de Madrid.

Me afano por enseñar a mis alumnos de Botánica el arte de adueñarse del atractivo de un jardín utilizando los recursos de la «Scientia amabilis».

Rafael Sánchez Mazas ha escrito acertadamente que tal vez el índice más significativo de la civilidad y cultura de un pueblo sea su nivel botánico, y la Botánica, como expresión y compendio de los saberes, ha sido llamada «Scientia scientiarum».

Si vivir es gozar, resulta muy estimable el placer que nos viene de los motivos vegetales cuando se saben entender y se tiene una preparación disciplinada para gozarlos. Porque sin disciplina y preparación no hay placer, ya que lo más sutil de éste se disipa sin provecho para quien no ha sido iniciado y adiestrado en cómo tomar y gustar los placeres.

Del tronco y de la hoja, de la flor y del fruto nos vienen una serena

Detalles del «aliso rizado» que se cultiva en el Botánico.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

JUAN DE ARELLANO

El pintor de Santorcaz viene a este número de VILLA DE MADRID, *aparte su vinculación geográfica, porque es, por excelencia, el pintor español de las flores. Como a Mario Luzzi se le llamó «Mario dei fiori», a Juan de Arellano se le pudo llamar también «Juan de las flores». El se encuentra realmente como pintor cuando encuentra las rosas, y los claveles, y los gladiolos, y las mariposas; cuando encuentra el jardín, en suma. Desde aquel taller, que avistaba lo que hoy es la Torre de Gobernación. Arellano fué reuniendo todas las variedades de la flora madrileña, con un cuidado y una minuciosidad que hicieron de él un gran artista. Probablemente no hubiera llegado nunca a ser un gran pintor de figuras; quizá el paisaje, en su totalidad, se le negara asimismo. Pero el detalle florido, el ramo o el ramillete, le entregaron todos sus secretos y toda su belleza. El demostró cómo se puede miniar una rosa sin hacerla perder su fragancia; él se adelantó a esa armonía de colores que cultivan hoy nuestros jardineros, y compuso una paleta especial, en que cada uno de los tonos correspondía a un pétalo. Todavía los floreros del Museo del Prado no han sido superados por los muchos que, después de él, se entregaron a la vocación de reproducir o interpretar las flores.*

El florero que publicamos en la anterior página corresponde a uno de aquellos cuatro excepcionales ejemplos del arte de Arellano. En un número dedicado a los parques de Madrid no podía faltar el recuerdo y el homenaje a este artista, que amó lo que viene a ser como la estrofa de los jardines: la flor.

Ayuntamiento de Madrid

alegría, una vital sensación de gozo que deja un recuerdo agradable que incita a reiterar su goce. El disfrute de estos placeres no turba nunca ni deja ninguna amargura.

Placeres urbanos de las cuatro estaciones en los parques

Produce una indefinible sensación de extraño placer pisar sobre la blancura de la nieve al atravesar, una cruda mañana de enero, el amplio parque. Seguir con la mirada la silueta negra de las ramas desnudas de los árboles sobre la luz de un amarillo limón en el crepúsculo anticipado del solsticio invernal. Detenerse atónito ante el rápido fulgor de azul turquesa que despide el plumaje brillante del martín pescador en su vuelo recto sobre la lámina tranquila y bruñida del estanque grande. Espiar a principios de marzo la piel carmesí de las flores precoces con que se viste el ramaje enjuto del *membrillero del Japón* (abundante en el parque del Oeste). Sentir sobre la cara el hálito juvenil que, como un murmullo fragante, se levanta de las yemas que brotan a lo ancho de todo el parque en primavera. Hundirse en la penetrante blancura de una *celinda* a plena floración. Pasmarse ante la majestuosa belleza del *cedro deodara* que tiene sus dominios sin límites en las laderas del Himalaya, salpicadas con las flores rojas de los *Rododendros*. Mirar y remirar los graciosos movimientos ágiles y cautelosos del *pico verde* con su caperuza bermellón y su plumaje amarillo-verdoso, sobre el césped de la estatua de Murillo. Marearse con el perfume intenso de las *lilas*, esas flores populares, humildes y baratas que todos los años nos traen la ilusión fugaz de la juvenil primavera. Sorprender el terciopelo rubio de las hojas jóvenes del castaño de Indias en abril y los grandes conos blanco-rosados de sus tupidas inflorescencias. La gracia de los racimos blancos del *pan y quesillo* con que se adornan las municipales *robinias* de las calles madrileñas arboladas. Sentir cómo

La superficie bruñida y brillante de la masa líquida y la alegría de la vida animal son notas indispensables en la buena composición jardinera. Jardines de la Fuente del Berro. (E. Guinea, fot.)

Ayuntamiento de Madrid

se eriza la piel a la vista de las espinas trífidas de la hórrida *gleditsia* (muy representada en la calle de Serrano). Percibir la rígida tensión de los folíolos de la *sófora* que esquivan erguidos el rigor y la luz del sol estival. Acogerse a la sombra fresca y grata sobre un asiento, con un buen libro, en el fondo boscoso del Retiro. Ausentarse, esos días de infierno, en que todo se agosta, para sorprender al regreso las primeras hojas secas del *plátano de sombra* en su vuelo incierto llevadas por el viento. Y seguir paso a paso la mutación cromática en la densa fronda del parque, que va pasando de un verde vigoroso al verde pálido de una clorofila marchita que va cediendo a los otros pigmentos vegetales (xantofila y carotina) y que van trayendo los oros, los ocres y los rojos cada vez más diluídos y perdidos en el barro de las lluvias otoñales. Los primeros fríos desnudarán de nuevo de sus hojas muertas las ramas ateridas.

Las flores de los macizos, de los arriates y de las borduras nos darán simultáneamente la policromía roja, naranja, amarilla y azul de caléndulas y belloritas, clavelones y salvias, ageratos y centauras, cannas y gladiolos, lirios y narcisos, alhelíes y petunias, etc., etc.

Hoja, frutos y semillas del «jabonero de China» («Koelreuteria paniculata Laxm.») procedente de China, Japón y Corea, cultivado en el Botánico, pero ausente de las calles madrileñas

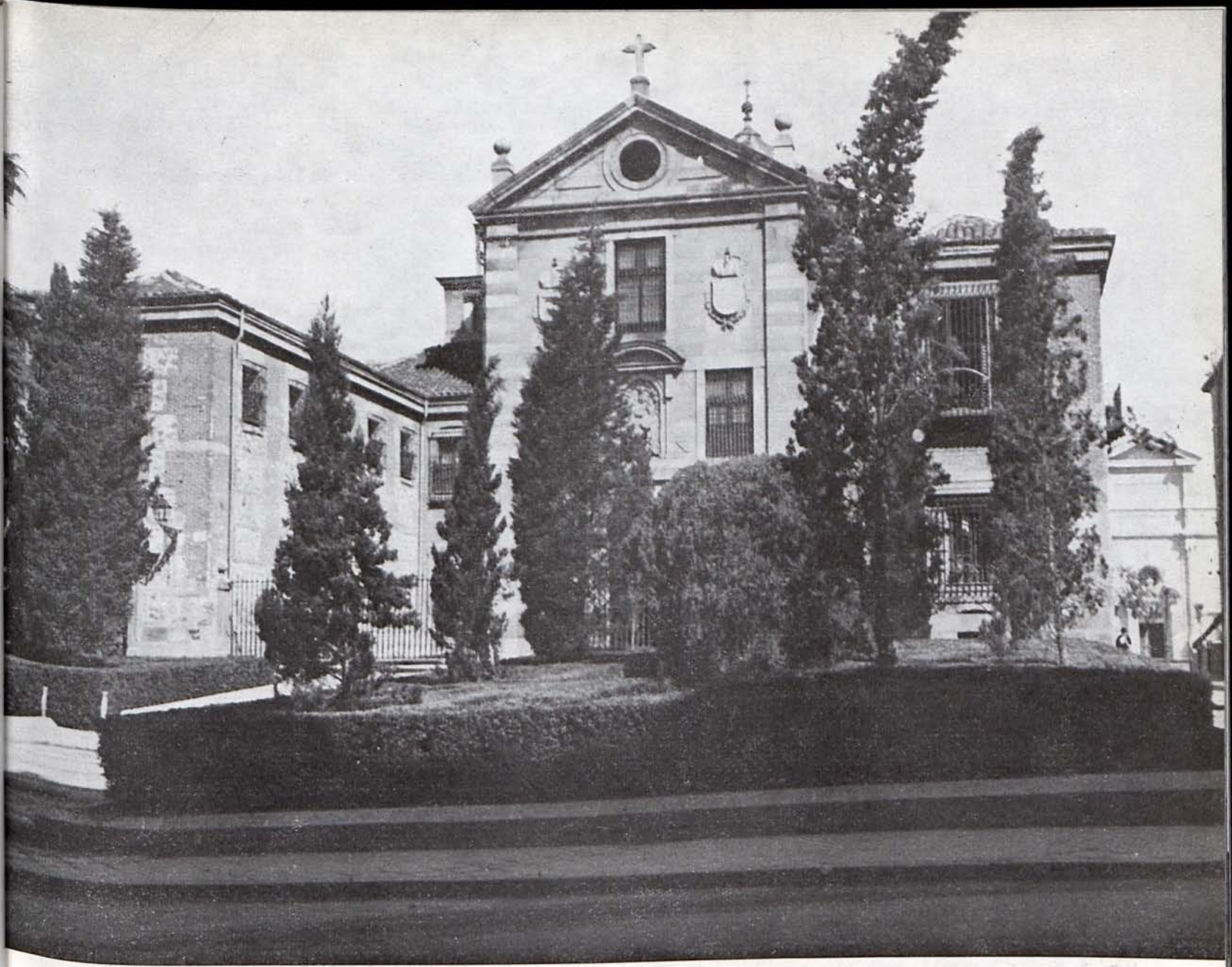
Todo este conjunto abigarrado de árboles, arbustos, matas, hierbas y flores repite fielmente cada año la sinfonía múltiple de su vivir y en ella satisfará su necesidad de placer el hedonista que sabe gozar de la belleza jardinera.

Arboles y arbustos dignos de visita

Si se pidiera mi opinión no dudaría en aconsejar la visita más importante al *ciprés calvo* (*Taxodium distichum*) que vive en el Parterre del Retiro, a mano izquierda entrando por la calle de Alfonso XII. Es un majestuoso ejemplar con las enormes ramas apoyadas en el magnífico tronco, que se levantan al cielo como los gigantescos brazos de un candelabro. Tiene belleza todos los días del año, pero tal vez su follaje tome un tono cobrizo más atractivo durante los fríos meses invernales. En el Parterre merecen visitarse también un ejemplar de *pino silvestre* que a la vera de aquél, y más cerca de la puerta de entrada, está proclamando que fuera de su estación natural en Balsaín sabe defenderse de los ardores caniculares del Retiro en agosto. Todos los años por abril suelo ir a este Parterre para gozar de un soberbio *árbol del amor* con su negro tronco desnudo de hojas, pero profusamente vestido de sus flores de un rosa brillante y subido con brillo sedoso. Creo que el Parterre del Retiro tiene cosas: pocas, pero muy buenas.

Otro sitio próximo y digno de visita es la Plaza de Murillo, entre el Museo del Prado y la puerta lateral del Jardín Botánico. En este césped vive sobre todo un hermoso ejemplar de *abeto rojo* (*Picea abies*) reconocible porque suele estar bien cuajado de piñas fusiformes y colgantes, caracteres ambos que son peculiares de este género. A su lado, y mirando a la puerta del Jardín Botánico, hay un ejemplar de *pinsapo*, el *abeto español* de la Serranía de Ronda (*Abies Pinsapo*) junto a un ejemplar algo desgarbado, y que no representa en la totalidad de su majestad a la *Sequoia gigantea* de las laderas occidentales de la Sierra Nevada en California. Por último hay en esta plazoleta un ejemplar de *Cedro del Atlas* en su variedad *glauca*, que difiere del *Cedro del Himalaya* por tener éste acículas largas (de unos 2,5 cm. de longitud) y aquél acículas cortas (de 2 o menos cm. de longitud). También hay un hermoso *magnolio*. Y ya que aquí estamos entremos en el recinto enrejado del Real Jardín Botánico de Madrid, uno de los primeros establecimientos científicos de la capital de España, fundado bajo el reinado de aquel gran rey que tanto hizo por la científica sobriedad castellana, que se llamó Fernando VI y que tan bien fué continuado por aquel otro reinado en que culminó el parco mecenazgo científico español, bajo la corona de Carlos III.

Ayuntamiento de Madrid



El ciprés ha sido llamado con acierto «el dedo de Dios» y su vertical condición señala serena la bóveda celeste. (E. Guinea, fot.)

Pocas cosas le van quedando al olvidado Jardín Botánico de nuestros días, de aquellos días del dieciochesco esplendor linneano. No obstante merecen visitarse un hermoso ejemplar de *Firminana simplex* (*Sterculia platanifolia*) que está proclamando, a quien quiera entenderlo, cómo plantas tenidas por subtropicales que proceden de China y Japón, pueden vivir en el riguroso clima castellano de meseta y cómo nuestros jardineros podrían dotarnos de una flora cultivada más variada si tuvieran el deseo de agradar a un público más educado y exigente de esta riqueza jardinera.

Puede verse una hermosa *casuarina* y un bello *árbol de las tulipas* junto a un *castaño* de semillas comestibles, todos en el Jardinillo. El conjunto de *almeces* es digno de estima, no sólo por su belleza sino por la colección que componen de relativa importancia. Interesado en la determinación de estos *almeces* y ante nuestros escasos recursos científicos, pedí la ayuda de los botánicos colegas de los Reales Jardines Botánicos de Kew en Londres y me contestaron que a pesar de disponer de todos los recursos de aquel centro botánico no podían darme la determinación completa de todas las especies propuestas.

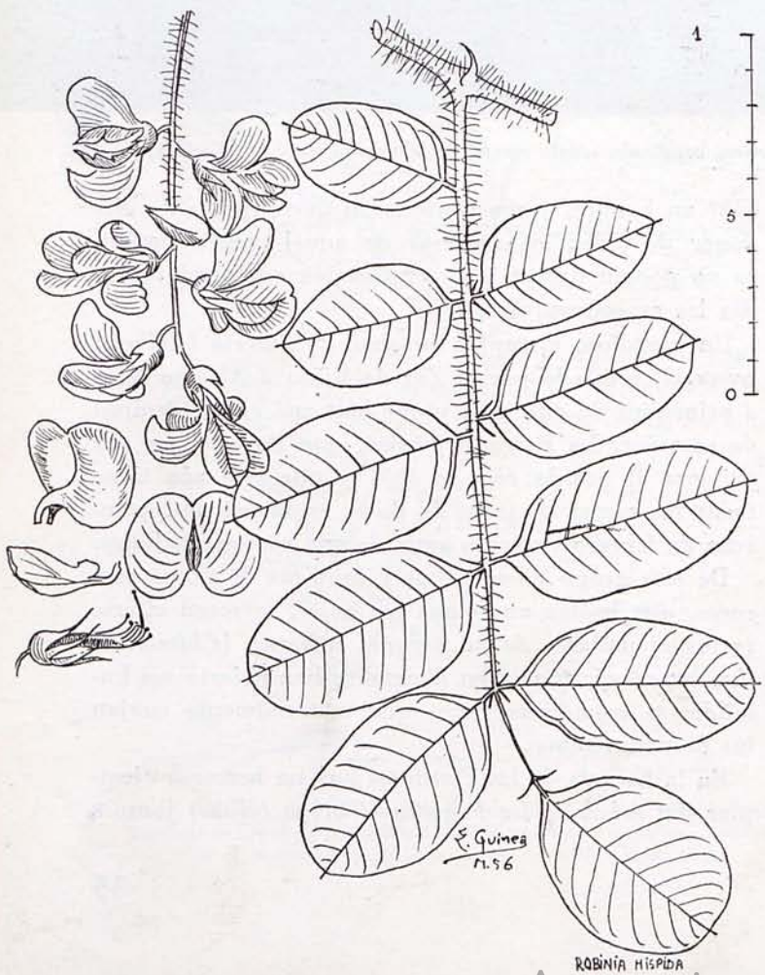
Un grandioso ejemplar de *olmo de Siberia* (*Zelkova crenata*), regalado por el Zar de Rusia a Alfonso XIII a principios de este siglo y que hoy está en la plenitud de su vigor. La *Parrotia pérsica*, que floreció por vez primera el pasado año de 1957 y que este año tiene todas sus ramas cuajadas de flores en la primera quincena de febrero y mucho antes de que nazcan sus hojas.

De este grupo de arbolitos y arbustos de flores precoces, que brotan antes que las hojas, merecen citarse varios ejemplares de la *flor del invierno* (*Chimonanthus praecox*), que ya en diciembre han abierto sus humildes y aromáticas flores que materialmente cuajan sus desnudas ramas.

En la Escuela de las Coníferas hay un hermoso ejemplar del *árbol de las Pagodas* (*Ginkgo biloba*) junto a

Ayuntamiento de Madrid

Por fuera de la verja del Botánico se extiende la flora leñosa callejera cultivada: «castaños de Indias» y «plátanos de sombra», «gleditsias» y «sóforas». (E. Guinea, fot.)



otro trimembre de *Sequoia sempervirens* y un ejemplar de *alerce*, que tampoco comprendo por qué no se difunden más en nuestros parques. Algunos raros y muy interesantes ejemplares de *pino canario* (*Pinus canariensis*), un buen ejemplar de *roble americano* (*Quercus macrocarpa*), muy buenos ejemplares de *álamo blanco*, etc., etc. Citar más ejemplares de los que aún viven en nuestras Escuelas del Jardín Botánico desbordaría los límites de esta breve reseña.

En el Parque del Oeste hay una buena colección de coníferas y frondosas y, lo que es más raro en la llanura madrileña, una representación de *abedules*.

En la Casa de Campo subsiste un retazo que se aproxima algo a lo que debió ser la vegetación espontánea que vestía la meseta castellana antes de que el hombre alterara su equilibrio, por otra parte tan difícil de mantener.

En la Plaza de Colón hay una bonita combinación

La «Robinia hispida L.», que procede de U. S. A., se ha aclimatado bien a nuestro clima de meseta, como lo demuestran dos bellos ejemplares cultivados en el Real Jardín Botánico y que merecieran verse cultivados con mayor profusión en nuestros jardines.

Ayuntamiento de Madrid

de *álamos boleanos*, *gingos*, con *viburnos* y otros arbustos.

El arbusto o arbolillo del escudo de Madrid, el *madroño*, tiene una representación limitada, pero digna, en el Retiro y en el Real Jardín Botánico, y ahora, gracias a los cuidados de la jardinería municipal, se halla profusamente representado en ejemplares jóvenes a lo largo de la Castellana y del Salón del Prado, amén del que con tanto cuidado puso don Luis Ceballos en el Jardín del Ministerio del Ejército.

Las leñosas callejeras y populares

No tiene disculpa el madrileño que no conozca la *robinia*, la *sófora*, la *gleditsia*, el *plátano de sombra*, el *árbol del cielo* y los *aligustres* que con una profusión agobiadora se repiten a centenares y millares a lo largo de nuestras urbanas aceras.

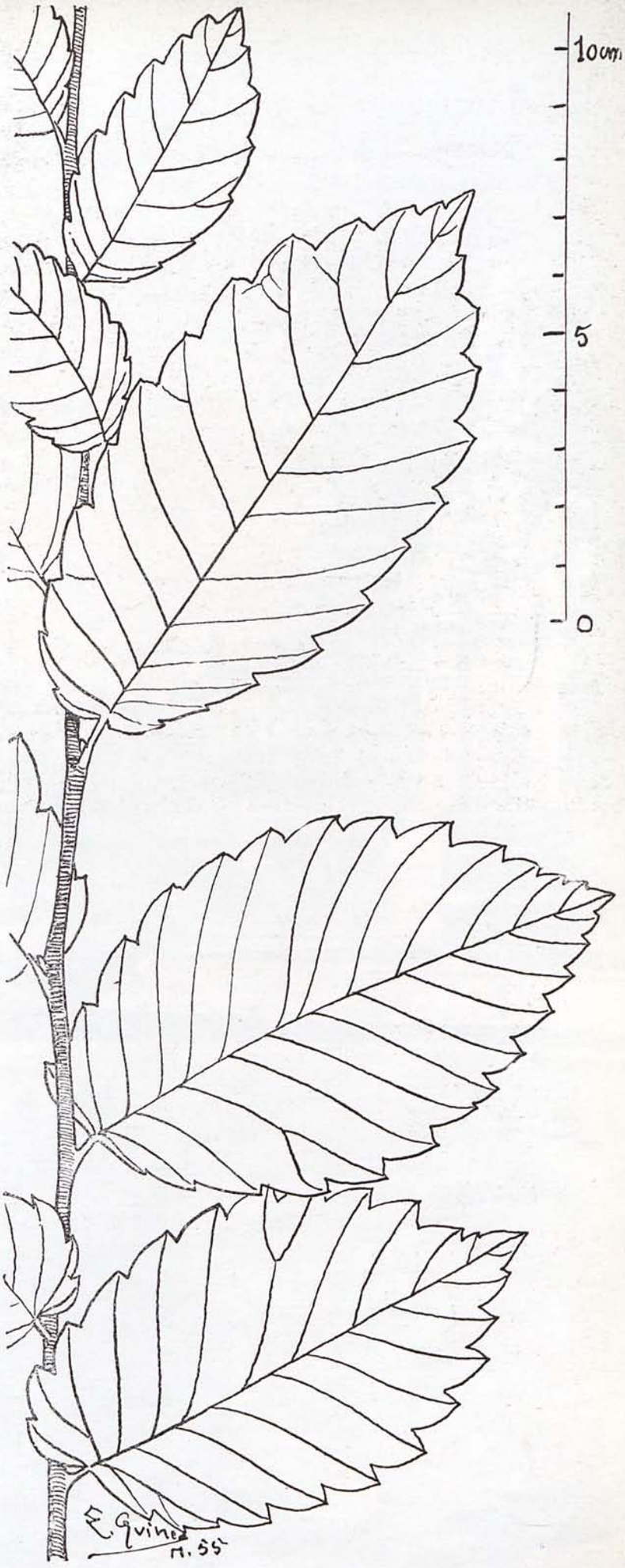
Y todos tienen su gracia y todos merecen nuestra reverencia porque nos traen con su familiar vecindad la alegre nota botánica sobre el uniforme gris municipal.

Para terminar quiero destacar dos notas que considero de interés.

La primera es una petición de renovación de nuestra flora jardinera. Que los viveros municipales acojan nuevas especies no conocidas en nuestros parques, pero que por proceder de climas similares (Norteamérica, China, Japón, etc.) pueden vivir perfectamente en el nuestro. Sirvan de ejemplo: *Garrya*, *Trochodendron*, *Davidia*, *Akebia*, *Michelia*, *Cryptomeria*, *Sciadopitys*, *Carya*, *Pterocarya*, *Nothofagus*, y tantos otros que tendrían cabida en compañía de los actuales.

La otra nota es de gratitud a la Prensa diaria madrileña que constantemente sale en defensa del arbolado municipal, tan amenazado de la multisecular y típica pasión arboricida celtibérica. El propio Real Jardín Botánico, cargado de viejos laureles históricos, que en varias ocasiones se ha visto amenazado por la piqueta demoledora, ha sido asistido por este clamor periodístico que parece imponer algún respeto hacia estos pobres seres desvalidos que no pueden quejarse y que son los árboles.

Por último, aunque no el último, ha de cerrar estas líneas el ilustre nombre de José Finat y Escrivá de Romaní, Conde de Mayalde, Alcalde de Madrid, cuyo aristocrático índice ha ido señalando las recientes lagunas y mejoras conducentes al estimable nivel jardinero de que disfrutan hoy los vecinos de Madrid.



«Zelkova crenata» (Desf.) Spach, u «olmo de Siberia», ejemplar cultivado en el Botánico que, según la tradición, fué regalado por el último Zar a Don Alfonso XIII y que es uno de los más bellos árboles del actual Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MADRID SUS JARDINES Y SUS PARQUES

Por MANUEL HERRERO PALACIOS

LA Ciudad, como albergue casi permanente del hombre, precisa ser humanizada. El hombre necesita del aire libre y el sol igualmente para el cuerpo que para el espíritu. El contacto con la naturaleza le es vital y, por tanto, si en la Ciudad no existe un mínimo de elementos verdes naturales y espacios libres adecuados, habremos de considerarla inhabitable.

Aparte de estas consideraciones, hemos de tener en cuenta la necesidad de una vida contemplativa mínima con el disfrute de la naturaleza y su paisaje.

También las zonas verdes y arboladas tienen una importantísima misión para la vida y el confort de la Ciudad, pues la naturaleza resuelve de forma maravillosa las inclemencias de las estaciones extremas con la neutralización de los rigores del tiempo por medio de la vegetación. Así vemos que en invierno, con los árboles sin hojas, el sol lleva a la Ciudad sus efectos beneficiosos y confortables, en tanto que en verano nos refrescan con sus sombras y mantienen en el aire el grado de humedad que el hombre, como ser vivo, necesita.

La superficie necesaria para zonas verdes en la Ciudad se fija normalmente en 10 m² por habitante, ahora bien, esta superficie total debe estar repartida en la Ciudad de tal forma que sus jardines y parques puedan ser disfrutados por todos con la máxima comodidad, por lo que es muy importante el reparto y la situación de dichos espacios en la urbe.

Los espacios libres en la Ciudad pueden dividirse en cuatro clases:

Parques infantiles, propiamente dichos, para niños; parques con campos de juego para muchachos; parques urbanos de gran superficie para expansión general de la población y parques exteriores de la Ciudad, utilizados también como reservas para el futuro.

No es nuestro objeto de hoy el hablar de cada uno de ellos, sino que enumeraremos solamente los más importantes parques y jardines de Madrid, comentando los nuevos jardines del Prado.

Cuenta Madrid con varios y bien cuidados parques y jardines; en el aspecto público tiene, en primer lugar, el Parque del Retiro, el más importante por su situación en la Ciudad, por la abundancia de arbolado y por su historia, sobradamente conocida. Cuenta con muy variados rincones, destacando con más personalidad el parterre, el paseo de coches, los jardines de don Cecilio Rodríguez y el estanque.

El parterre, de traza totalmente distinta del resto del parque, es un ejemplo de jardinería fina y de buen gusto arquitectónico, tanto en su composición general como en la parte de escalera de accesos y puerta.

El paseo de coches, de muy agradables y variadas perspectivas, debiera ampliarse uniendo la curva correspondiente a la rosaleda con la plaza del Niño Jesús en la Avenida de Menéndez Pelayo, solución que enlazaría las nuevas barriadas con el centro de Madrid, sin perjudicar las características del Parque.

Los jardines de don Cecilio Rodríguez, muy hermosos en cuanto a su emplazamiento y jardinería, no alcanzan la misma altura respecto a composición y calidad arquitectónica de materiales.

El estanque, de perspectivas muy agradables, debiera rodearse de alguna edificación poco importante y muy ambientada en el paisaje, para que Madrid tuviera en dicho lugar un bello restaurante de características simi-

Ayuntamiento de Madrid

lares a otros del extranjero, tratados con gran dignidad.

Casa de Campo.—La Casa de Campo es el parque más importante desde el punto de vista de zona verde natural. Los extranjeros que han visitado Madrid, se han quedado sorprendidos de que una Capital tan extensa como Madrid haya podido conservar a dos minutos de su centro, una zona con abundante vegetación y gran amplitud, conservando «la corteza natural del terreno», como ellos dicen, envuelta en unas perspectivas de máxima belleza.

Sin embargo, hemos de reconocer que la Casa de Campo no sirve al pueblo de Madrid, conforme sería nuestro deseo. Sería necesario poner en valor dicho parque, y al decir puesto en valor nos referimos naturalmente a proporcionar un mejor disfrute de su ambiente y belleza, sin perjudicar en absoluto sus naturales características. Ello es perfectamente posible, como se ha demostrado con la «Venta del Batán», que está perfectamente encajada en el terreno y ambiente que la rodea. Otras zonas de esparcimiento y recreo, que combinadas con restaurantes y otros elementos darían a dicho Parque un atractivo del que carece.

Un par de restaurantes de lujo y otro más económico emplazados, uno en el borde Norte del estanque y otros dos en cerros existentes con maravillosos puntos de vista a la sierra y a la ciudad, unidos a otras atracciones, darían vida a este parque, que parece que el pueblo de Madrid tiene olvidado. El Ayuntamiento debe defender el recinto actual de la Casa de Campo contra toda posibilidad de partición y pérdida de superficie o carácter.

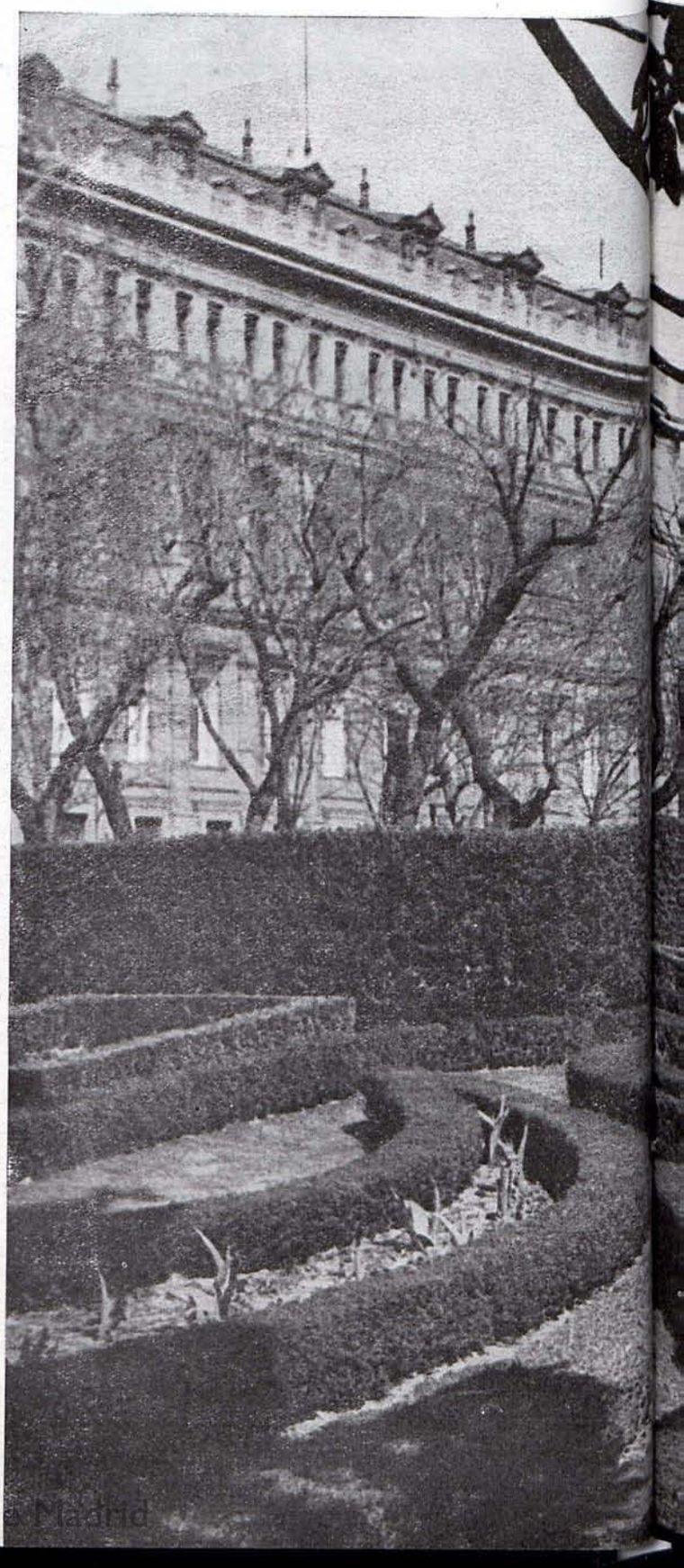
El Parque del Oeste.—Este hermosísimo parque es una demostración de las posibilidades constructivas del servicio de parques y jardines del Ayuntamiento de Madrid. Los que hemos visto el aspecto que ofrecía el año 1939 dicho parque, nos admiramos de ver el estado actual, que nada tiene que envidiar a aquél en que se hallaba antes de su destrucción.

La nueva rosaleda del Parque del Oeste es otro bello ejemplo de las posibilidades de una buena jardinería, aunque sería mejor tratar la ordenación general menos geométricamente, con arreglo a las tendencias actuales.

El parque de la Fuente del Berro, adquirido por el Ayuntamiento, tiene características distintas de los anteriores, pero por su vegetación y topografía puede alcanzar una fisonomía propia que le den una personalidad y señorío encantadores. El Ayuntamiento de Madrid tiene el propósito de instalar dos fuentes artísticas y una serie de pequeños monumentos, entre los que destacan uno a Rubén Darío, otro a Antonio Machado y a don Juan Maragall.

Este parque carece actualmente de accesos cómodos y dignos del mismo, pero los tendrá rápidamente en cuanto se ejecute la Gran Vía del Abroñigal.

Los jardines de Sabatini, muy bellos de trazado y arquitectura, pero faltos de volúmenes verdes; los jardines del Palacio de Oriente, de planta apropiada, pero con rasantes defectuosas por no haberse rectificado, como estaba previsto, las calles circundantes; la reconstrucción de la Cuesta de la Vega; el Parque de Eva Duarte de



Un aspecto del Paseo del Prado en su arranque, junto a la Plaza de la Cibeles.

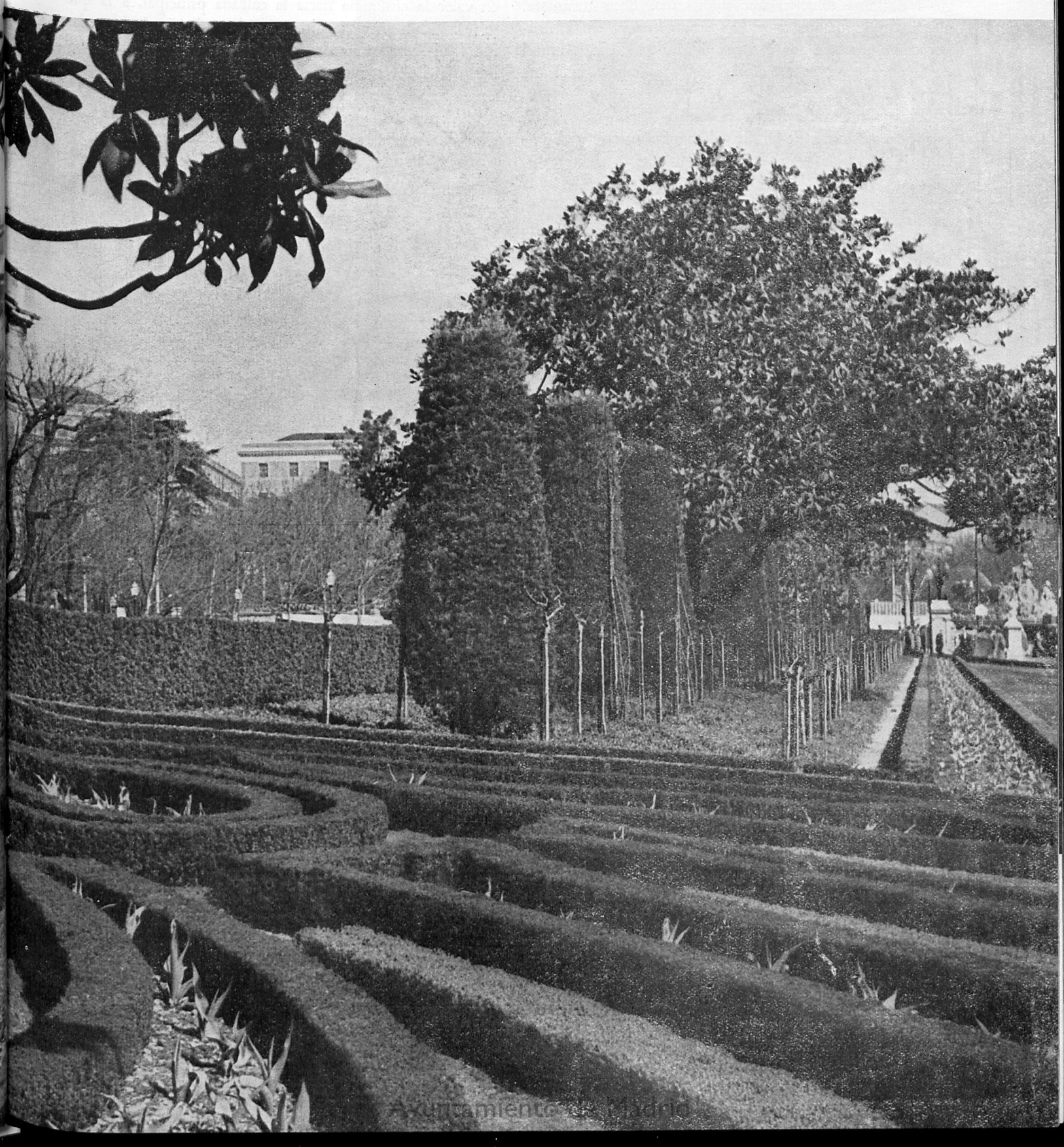
Ayuntamiento de Madrid

Perón; los jardines de las Vistillas y otros varios, son motivo de ornato y disfrute del pueblo de Madrid.

Los jardines de la plaza de la Moncloa, aunque se encuentran en formación, ya que las plantaciones se han hecho recientemente, han embellecido aquella plaza con el juego de parterres, lonjas, escaleras, muretes y otros elementos arquitectónicos. A todo el conjunto se le ha dado una gran riqueza al instalar en dicha plaza cuatro de las estatuas de reyes de las que existían anteriormente en la Glorieta de las Pirámides.

Capítulo aparte merecen los jardines del Prado, que con la reforma efectuada han dado a esta parte de Madrid una gran belleza y dignidad.

La reforma del paseo del Prado tenía muchos y difíciles problemas, unos en cuanto al criterio de su trazado, y otros al tratamiento de esos pequeños detalles, como



Ayuntamiento de Madrid

candelabros, bancos, jarrones, taludes, etc., que ofrecen siempre grandes dificultades a pesar de su aspecto aparentemente intrascendente.

Desde el punto de conservación de elementos verdes importantes, se planteaba el problema de mantener los hermosos magnolios existentes, pero los cuales tenían la dificultad de que se hallaban sobre zonas elevadas del paseo, de tal forma que sus raíces no permitían rebajar el nivel del terreno para acomodarlos al proyecto. Esto obligó a dar una solución que pudiéramos decir ingeniosa, que permitía mantener dichos magnolios y, sin embargo, conseguir que los espacios libres quedaran al nivel de la circulación de las aceras obligadas por la bellísima fuente de Apolo.

El proyecto de reforma primitivo situaba dos largos estanques en forma de láminas de agua al Norte y Sur de la fuente de Apolo, pero por el problema expuesto anteriormente, se reformó el proyecto en la forma ejecutada, y que consiste en buscar dos grandes espacios al Norte y Sur de la fuente de Apolo formado por un marco de banco corrido que permite el uso de estos espacios para los niños y sus acompañantes, que quedan aislados totalmente de la circulación rodada sin que tengan vista directa con la calzada.

Con esta solución se consigue que los taludes pongan en valor la jardinería hacia la calzada principal, a la que se le ha dado una gran importancia y dignidad al quedar fuera de sus vistas todas estas zonas de aglomeración y juegos infantiles que evidentemente perjudican la importancia señorial de la vía.

La zona del paseo del Prado, entre Neptuno y la Glorieta de Atocha, se ha resuelto también con criterio se-

Entre las nuevas instalaciones figura esta pequeña fuente situada a la entrada del Paseo del Prado. En el centro puede observarse el gracioso grupo escultórico formado por cuatro ánades, que anteriormente estuvo en la Casa de Campo.

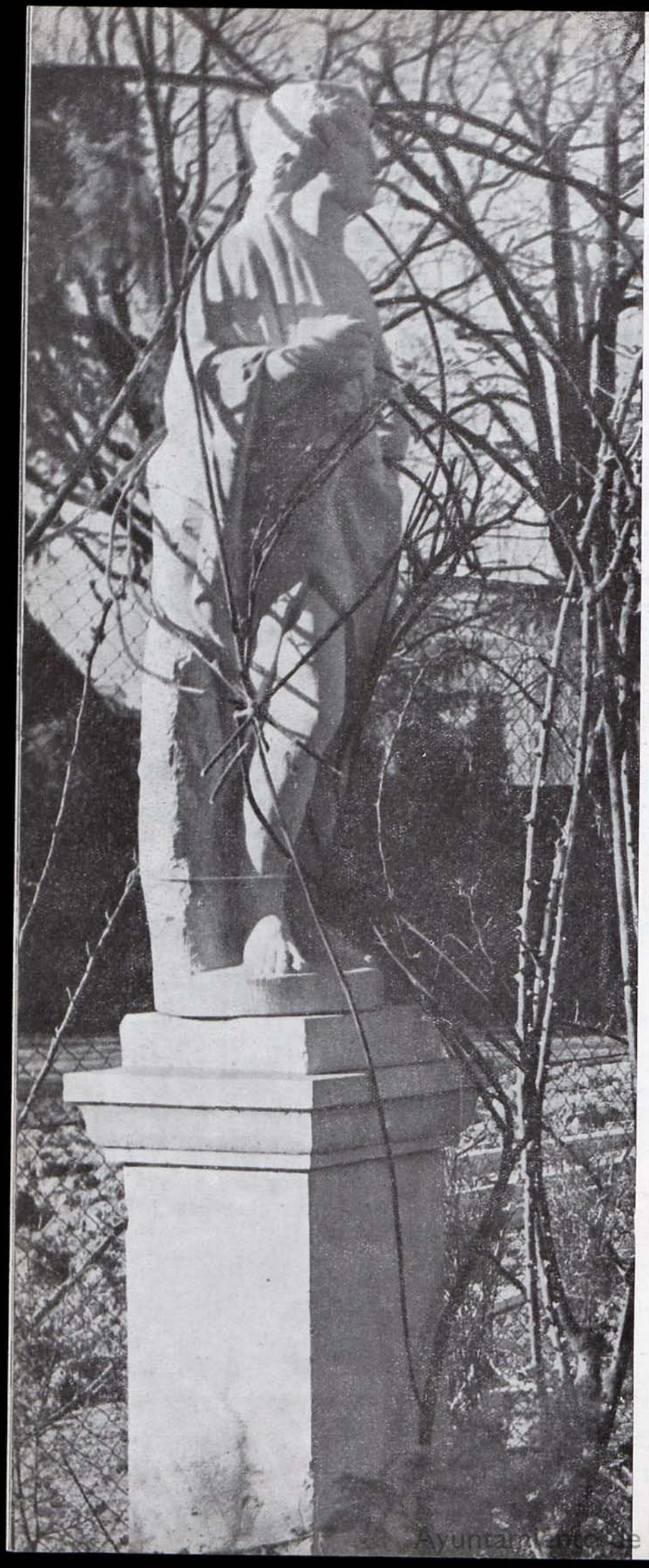
Solución dada a los elementos arquitectónicos existentes en el arranque del Paseo del Prado. La piedra de los basamentos guarda perfecta armonía con el conjunto del jardín.

mejante, procurando dar a los alrededores del Museo del Prado unos rincones románticos dentro de las posibilidades actuales.

Existían de antiguo en el arranque del paseo del Prado, en la plaza de la Cibeles, unos elementos arquitectónicos compuestos por dos basamentos de granito unidos por un elemento más bajo en forma de banco. Estos elementos se han mantenido componiéndolos con jarrones y candelabros que han ofrecido muchas dificultades de proyecto y ejecución, pero que creemos han quedado perfectamente resueltas. Se ha ejecutado una pequeña fuente combinada con juego de bancos y jarrones. En el centro de dicha fuente se ha colocado un pequeño y gracioso grupo escultórico formado por cuatro ánades y que anteriormente se hallaba en la Casa de Campo.

El conjunto ha quedado muy encajado en el ambiente madrileño, y con el mismo criterio se está estudiando la reforma del paseo de Calvo Sotelo entre la Cibeles y plaza de Colón, que deseamos ver pronto terminado, para conseguir el Gran Madrid que todos deseamos.

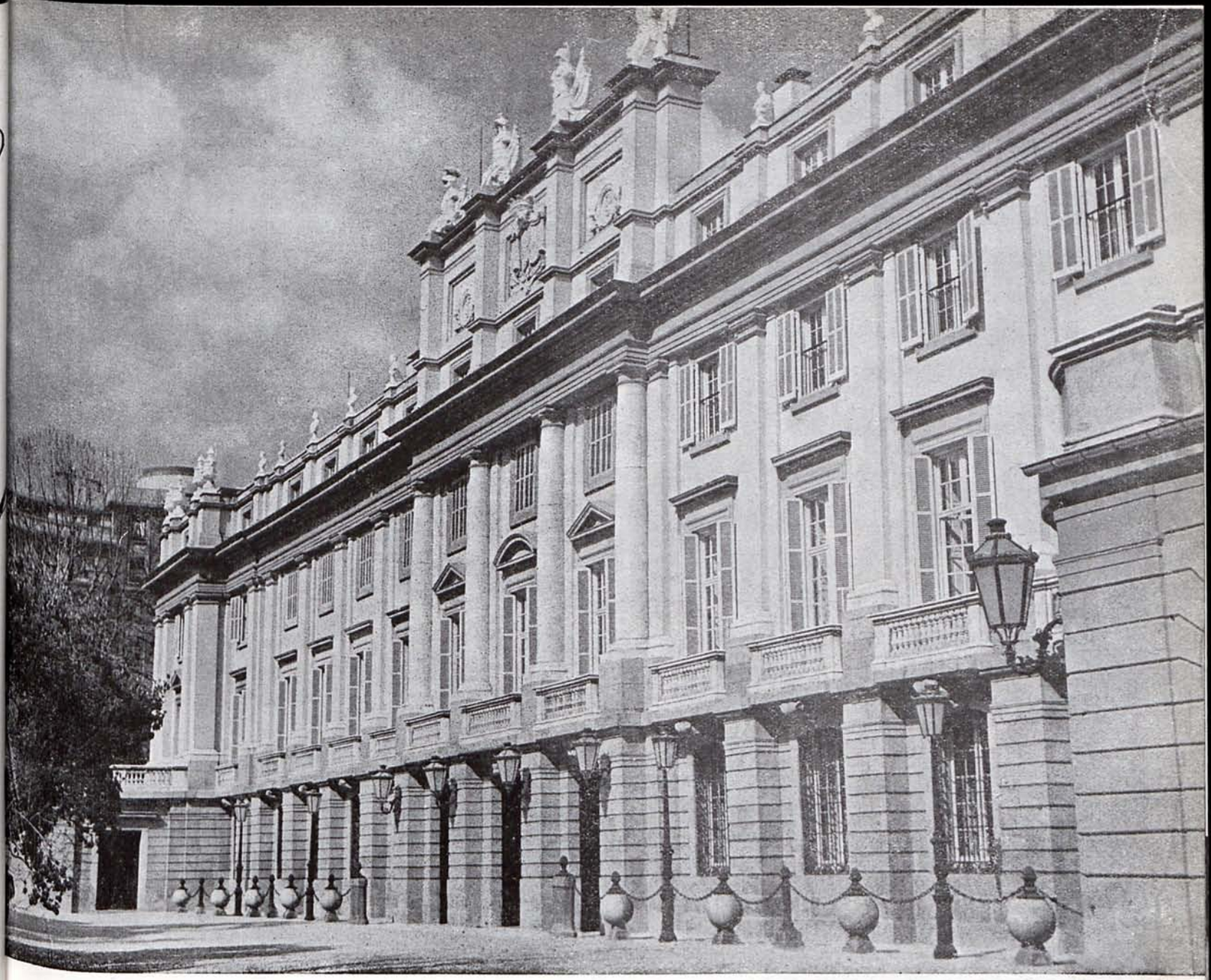
Ayuntamiento de Madrid



Los Jardines del Palacio de Liria

Por VICENTE CARREDANO

Ayuntamiento de Madrid



En toda profesión hay quehaceres que gusta cumplir mejor que otros, Por ejemplo, al cronista le ha resultado muy grato hacer este artículo; recorrer los jardines de Madrid en la tarde soleada de marzo, casi es pecado llamarlo trabajo.

En lo alto, un cielo azul clarísimo; entre los árboles, el aire limpio de la sierra, jugando al escondite. Pasear a esta hora por los pocos jardines privados que aún quedan en nuestra ciudad, es pura delicia. Mientras Basabe fotografía este rincón o aquella avenida, el cronista piensa en uno de los males inherentes a la gran urbe: su despiadado comportamiento con los jardines particulares. En ella sólo perduran los que son propiedad del Estado o del Municipio; los otros, van siendo lentamente barridos por la progresiva y a veces escalofriante valoración del terreno. Cada día es más

Ayuntamiento de Madrid

difícil hallar jardines de importancia espacial dentro del anillo urbano.

El mejor, el más amplio y cuidado de los jardines que en Madrid quedan es el de Liria. Ahí, en Princesa, en el corazón palpitante de nuestra ciudad; en ese palacio que mandó construir el tercer Duque de Berwick y en cuyos planos intervino de forma decisiva Ventura Rodríguez; el más importante de los levantados en la capital de España en el siglo XVIII, pospuesto sólo al Palacio Real. En sus dos siglos escasos de vida, a él han afluído tapices, cuadros, manuscritos, libros, de las colecciones seculares de los Albas, Monterreyes, Lemos, Olivares, Carpios, Berwicks y Montijos... Por estos jardines que ahora paseamos, un día se posó el leve pie de la emperatriz Eugenia, la que, habiendo reinado en Francia, vino a morir a esta casa.

Dos siglos, al fin y al cabo, no es mucho tiempo; sin embargo, en la Casa de Alba pueden contarse como dos siglos de Historia de España. Por estos senderos, tras los macizos de boj, la aristocracia española, los príncipes de la Iglesia, las altas figuras de la milicia, de la política y de las Letras, pasearon hablando de asuntos graves y de livianas cosas.

Cerca de cincuenta estatuas, muchas de ellas con motivos mitológicos, ponen su nota blanca entre el tronco robusto de los viejos castaños. Cerramos un momento los ojos y nos imaginamos la desolación de este hermoso jardín en aquellos años de la guerra, en que fué arrasado el palacio. Pronto los abrimos, pues no hay mayor tristeza que el triste destino de un jardín abandonado. Ahora, nuestra mirada se posa en un baño de mármol de Carrara, que me dicen pesa más de 7.000 kilos. Paso por la moderna pis-

Detalle de la fuente central del palacio de Liria, en la que se funden graciosamente el arabesco vegetal y el elemento escultórico

Ayuntamiento de Madrid

Bajo la enramada copiosa, la limpia geometría del jardín. El aro del estanque parece rodar con musiquilla de hoja y de agua, mientras los senderos esperan la pisada del solitario soñador

cina y en mis oídos caen las palabras de alguien, que me explica que la última gran fiesta celebrada aquí tuvo lugar el 14 de julio del año pasado. A ella asistieron más de mil invitados; resultó espléndida. Lo creo. Ahora, sí. Ahora podemos cerrar los ojos y contemplar, como en un sueño, lo que debe ser, bajo las estrellas del verano madrileño, una fiesta en los jardines del Palacio de Liria. Sí, ciertos lugares merecen tener un destino jubiloso y ninguno mejor, ninguno más propicio, para un jardín con historia, que abrirle en la noche a la fiesta, a la música, a la alegría.

El jardín del Palacio de Liria tiene también su melancólico contrapunto: el pequeño cementerio de perros. ¡Cómo me ha recordado aquel de París, junto al Sena, que hasta esta tarde creía único! Aquí, diez tumbas de canes fieles reposan en tierra que, por ser de Alba, es tierra de lealtad.

Pammy, «la buena persona». Madrid, 24 de junio de 1949. *Kikote,* «el Cascarrabias»; atravesó el

Ayuntamiento de Madrid

Nilo a nado. *Prim,* «guapetón, llorón». Otros se llamaban *Jimmy, Jacobo, La Marquesa, Niño,* «el loco». Dos de las tumbas no tienen inscripción.

Al salir de los jardines del palacio de Liria y meterme en el tráfago de la ciudad, me empezó a runrunear la curiosidad de cómo se llamarían esos dos perros, en cuya lápida no figura letra alguna. ¿Qué mal hicieron para no merecer que hoy sepamos su nombre? ¡No, no ha podido ser un castigo! Estoy seguro de que fué, simplemente, un olvido.

De todas formas ahí están, guardados en el jardín en donde un día retozaron. En ese jardín que dibujó el francés Forestier.

FOTOS: BASABE

Ayuntamiento de Madrid

VIDA CORPORATIVA

La hermandad existente entre nuestros dos primeros municipios, Madrid y Barcelona, recibe la rúbrica que el Alcalde de esta última ciudad estampa en el álbum de firmas de la Casa Consistorial en su visita a la capital de España.

El Conde de Mayalde, en representación del Ayuntamiento, recibe la visita de un grupo de participantes en el XI Congreso Internacional de I. A. E. S. T. E.

En la recepción celebrada en honor de los asistentes a la III Asamblea Nacional de Optica, el Alcalde de Madrid dirige un saludo a los participantes en dicho acto.

Ayuntamiento de Madrid

Con motivo de la festividad de San Antón, se celebra, el día 17 de enero, el tradicional desfile en las calles contiguas a la iglesia de los Padres Escolapios, donde se venera al Santo. Otorgó los premios un jurado, integrado por el primer Teniente Alcalde, señor Soler; el presidente de la Diputación, señor Marqués de la Valdavia; el Concejal señor López-Quesada y otras personalidades.

Un escuadrón de gala de la guardia municipal montada contribuye a dar brillantez al desfile.

Igual que en años anteriores, los diversos distritos han realizado una intensa labor benéfica. Como ejemplo de ella, la foto muestra la exposición de canastillas organizada en la Tenencia de Alcaldía de Tetuán, bajo el patrocinio del Teniente de Alcalde de dicho distrito, señor Marqués de Grivalba. Los equipos son distribuídos entre las familias necesitadas del distrito.

El Conde de Mayalde impone la encomienda de la Orden del Mérito Civil al jardinero mayor, jefe de la Sección de Parques y Jardines, don Ramón Ortiz Ferré.

Con asistencia del Subsecretario de Obras Públicas, señor Planas Sancho, el Alcalde de Madrid, el presidente del Consejo de Obras Públicas y otras personalidades, dan Carlos López Quesada toma posesión del cargo de Delegado del Gobierno en el Canal de Isabel II.

Ayuntamiento de Madrid

El primer Teniente de Alcalde, señor Soler, recibe una representación de los parlamentarios franceses que visitaron nuestra capital.

En la iglesia de Santa Cruz, con asistencia del primer Teniente de Alcalde, en representación del Conde de Mayalde; el Secretario general del Ayuntamiento, señor Fernández-Villa; altos jefes y funcionarios, se celebra una misa solemne con motivo de la festividad del Santo Angel de la Guarda, Patrón del Cuerpo de Porteros, Maceros y Ordenanzas Municipales.

El Teniente de Alcalde del Distrito de la Latina, don Joaquín Campos Pareja, inaugura la exposición de ropas y canastillas organizada con fines benéficos. Al acto asistieron el primer Teniente de Alcalde, señor Soler; el párroco de San Andrés, que bendijo las prendas, y otras autoridades.

Como acto final de los ejercicios espirituales, organizados para los funcionarios municipales, se celebra una solemne misa de comunión, oficiada por el obispo auxiliar de la diócesis, doctor Ricote, con asistencia del Alcalde, concejales, Secretario general y gran número de empleados.

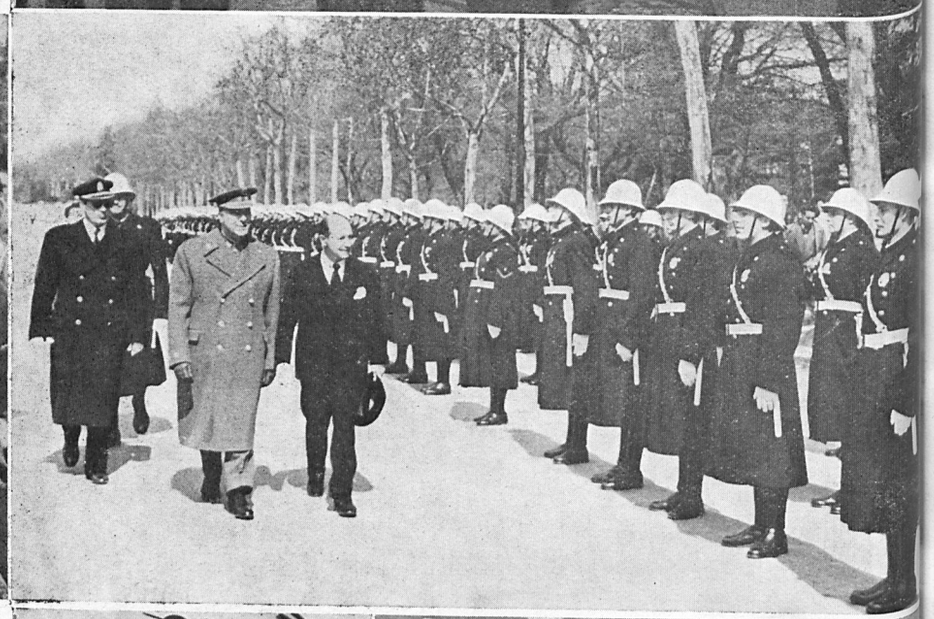
El Alcalde inaugura el nuevo alumbrado público instalado en la Corredera Alta de San Pablo.

Ayuntamiento de Madrid

En la recepción celebrada en la Nunciatura apostólica, el Conde de Mayalde, en representación de la Corporación municipal, cumplimenta al Nuncio de S. S.

El Alcalde de Madrid saluda en nombre del Ayuntamiento a los miembros del Comité Ejecutivo Internacional de Organización Científica del Trabajo, en cuyo honor se celebra una recepción en la Casa de la Villa.

La nueva promoción de guardias municipales es revistada por el Alcalde, acompañado del Inspector Jefe, Teniente Coronel Montero, ante quienes realizan ejercicios de regulación de tráfico. Al acto asistieron los Tenientes de Alcalde señores Marqués de Grijalba, Conde de San Fernando de la Unión y Alvarez Molina; Concejales señores Salgado y de la Rubia, y el Secretario general, señor Fernández-Villa.



Carteles premiados para anunciar las fiestas de San Isidro. Los premios primero, segundo y tercero fueron otorgados a los señores Baldrich, Paredes Jardiel y Verdú, respectivamente.

Ayuntamiento de Madrid

SEMANA SANTA

MADRID ha celebrado la Semana Santa con un fervor más grande, si cabe, que el de años pasados. A través de sus calles, los pasos antiguos y nuevos desfilaron entre una multitud fervorosa, con la rodilla presta a la genuflexión y el labio florecido de plegarias. Las viejas calles de Madrid, y sus modernas avenidas, se transformaron, todas ellas, en un dolor silencioso, que conmemoraba la muerte del Señor para salvar a los humanos. Y, naturalmente, el Ayuntamiento no podía faltar en esta conmemoración y prestó su asistencia devota a los actos celebrados en Madrid con motivo de la Semana Santa. El siguiente reportaje gráfico recoge varios momentos de esta fecha sagrada, en la que Madrid y sus representantes se postran de hinojos para adorar la infinita gracia de la Pasión del Señor.

Ayuntamiento de Madrid

1. Una vista de la exposición que sobre la Semana Santa vallisoletana se celebró en el Patio de Cristales del Ayuntamiento.

2. El Municipio y la Diputación madrileña asisten a la solemne misa del Domingo de Ramos en la Catedral.

3. El Ayuntamiento madrileño, al frente de las procesiones, desfila por la Puerta del Sol.

4. Desfile de la procesión del Santo Entierro frente a la Casa de la Villa.

5. El Ayuntamiento y la Diputación madrileña oran ante el Sagrario en la Iglesia de Santa Cruz.

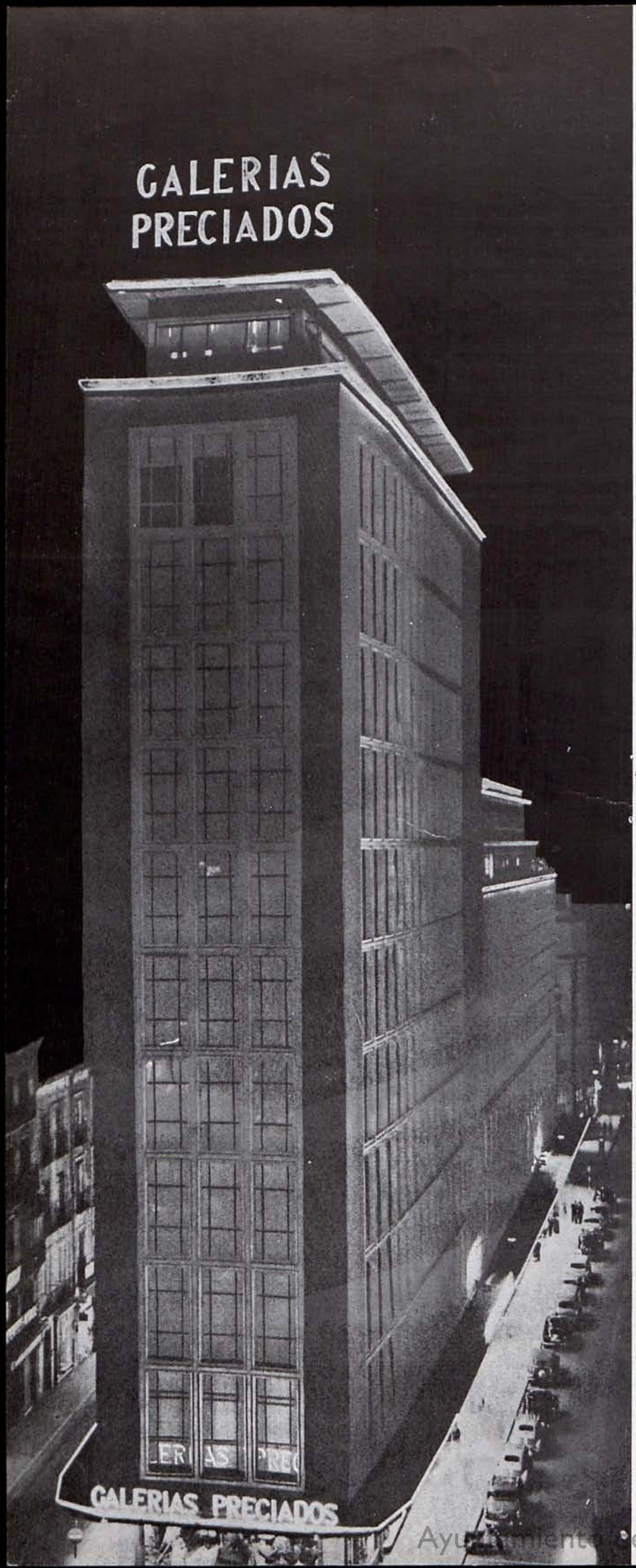
Ayuntamiento de Madrid

CARLOS PASCUAL DE LARA

MADRID llora la muerte de uno de sus más preclaros hijos. En plena juventud, cuando más que una promesa era una realidad plenamente lograda, desaparece con Carlos Pascual de Lara un pintor excepcional. Su extraordinaria personalidad artística, jalonada por sensacionales éxitos, había alcanzado dimensiones cimeras. Así lo pregonan, entre otras distinciones, el Gran Premio de Dibujo en la II Bienal Hispanoamericana, los murales de la Basílica de Aránzazu, el triunfo en el concurso para la decoración del Teatro Real... Entregado totalmente a su insobornable y auténtica vocación, había conseguido Lara una espléndida madurez sin perjuicio de la originalidad de su estilo y del impulso renovador de su obra, siempre animada por un aliento juvenil y fragante. Dominador de todos los secretos de la técnica pictórica, unía Lara a sus condiciones artísticas las más preciadas calidades humanas. Hombre bondadoso, jovial y sencillo, fué su vida el mejor ejemplo que puede ofrecer la amistad, en una entrega total y sincera.

Ahora que Carlos Pascual de Lara ha descubierto el único secreto que le faltaba, «la verdad pura y sin velo», las páginas de VILLA DE MADRID, que se honraron con su colaboración, visten hoy doble luto ante la desaparición del pintor excepcional y del leal amigo.

Ayuntamiento de Madrid



GALERIAS PRECIADOS

Un Centro de elegancia en Madrid

para señoras
caballeros
niños
el hogar...

Ayuntamiento de Madrid

PUERTA del SOL

SUPLEMENTO DE VILLA DE MADRID • NUM. 5

EL FUTURO DE LA LIMPIEZA DE MADRID

POR JOSE DE LA RUBIA PACHECO

CONCEJAL DELEGADO DEL SERVICIO

CONSIDERACIONES PREVIAS

La limpieza de una ciudad, es decir, la recogida y eliminación de las basuras urbanas es, ante todo, un problema de carácter fundamentalmente municipal. Ya la propia ley vigente de Régimen Local establece en su artículo 102 que, entre las obligaciones mínimas e ineludibles de los Ayuntamientos, figura la de la destrucción o tratamiento técnico-sanitario de las basuras. Por consiguiente, cualquier procedimiento que lo consiga de una manera eficiente puede considerarse, desde aquel punto de vista, objetivamente bueno.

Sin embargo, la cuestión tiene otras vertientes de gran importancia que no es posible desdeñar, no sólo por su íntima conexión con aquel aspecto municipal, sino porque en sí mismas posean la suficiente entidad como para que en la elección del procedimiento a seguir influyan de una manera decisiva. Constituyen estas vertientes, aparte de la sanitaria, cuestiones de índole utilitaria, económica y práctica que en España, y, por tanto, en nuestra capital, adquieren especial trascendencia.

De lo dicho se deduce que es preciso conocer previamente todas las facetas de la cuestión antes de entrar en el examen de la situación actual y del programa previsto para su solución en Madrid, supuesto que dicho programa intenta, coordinando aquellas facetas, cumplir con el mayor rigor posible con sus exigencias.

Ayuntamiento de Madrid

Aspecto municipal de la limpieza pública

Acabamos de decir que una de las obligaciones mínimas e ineludibles de los Ayuntamientos es la de la limpieza de la ciudad, seguida de la destrucción o tratamiento de las basuras urbanas. Ahora bien, teniendo en cuenta que el servicio de limpieza y recogida de basuras es en sí sumamente oneroso, resulta obvio que los Ayuntamientos tienen la obligación de aplicar al conjunto del problema aquella fórmula que pueda disminuir total o parcialmente los indispensables gastos de esta obligación, independientemente de que recaben la ayuda económica del Estado y de las Corporaciones provinciales, previstas por la ley, e incluso de que impongan una tasa al vecindario, también prevista por la ley, como de hecho sucede en casi todas las ciudades del extranjero y en muchas de nuestra patria.

Aspecto sanitario

Debido a la naturaleza específica de las basuras urbanas, constitutiva de un foco permanente de infecciones, así como de punto de incubación de moscas y mosquitos, portadores a su vez de toda clase de gérmenes y bacterias, resulta evidente que no es posible desdeñar el factor sanitario en la elección de los sistemas de recogida y transporte de basuras, por un lado, y tratamiento de éstas, por otro.

Aspectos utilitario y económico

Las basuras urbanas no están, ni mucho menos, exentas de valor. Un cálculo teórico aproximado hecho sobre los residuos que se obtienen en la capital de España, a base de un tratamiento racional de las mismas, arrojan una riqueza para éstos equivalente alrededor de cincuenta millones de pesetas al año.

Si se tiene en cuenta, en primer lugar, la cifra de bastante más de mil toneladas diarias de basuras extraídas en Madrid, y en segundo término que en éstas se encuentran chatarra, restos de papel, trapos, desechos de cocina, etc., restos todos ellos que, convenientemente manufacturados o transformados, tienen un valor en el mercado, la cifra anteriormente indicada no puede considerarse como exagerada.

Pero es que, además, ciertas materias de las que constituyen parte integrante de las basuras, como aquellas de carácter orgánico, no sólo son interesantes desde el punto de vista de su inmediata rentabilidad para el Municipio, sino que son de inmensa utilidad puestos a contribución, bien para el mejoramiento de los suelos agrícolas, bien para alimentación de ganado.

Resulta entonces que, junto al factor sanitario, deben tenerse en cuenta, asimismo, los factores económico y utilitario. El primero, para paliar los cuantiosos gastos a que obliga el mantenimiento de un moderno servicio de limpieza y recogida de basuras de una ciudad. El segundo, no sólo para evitar que riqueza altamente utilizable se pierda de forma lamentable, sino por un motivo de orden político para nosotros más importante: el de que la ciudad, a través de su Municipio, ayude de una manera efectiva al campo en su empeño de mejorar su nivel de vida a través de un aumento en el rendimiento de sus productos.

Aspecto práctico

En los apartados anteriores hemos examinado las facetas que primordialmente interesan al Ayuntamiento, es decir, al órgano responsable de la buena administración, en todos los órdenes, de la ciudad. Pero no conviene olvidarse de aquella otra que atañe a sus habitantes. Cada uno de éstos debe considerar las calles de su ciudad como una prolongación de su hogar, y lo mismo que en éste cuida de no arrojar papeles, desperdicios y otras cosas peores por habitaciones y pasillos, tiene la obligación moral de ampliar este concepto casero al gran hogar que representa la población donde vive. La extraordinaria sensación de limpieza que se observa en Suiza y Alemania no depende tanto de la organización del servicio como de la educación ciudadana de sus habitantes.

Aspecto social

Junto a los aspectos que acabamos de enumerar, que tienen carácter general, la cuestión presenta en Madrid una faceta social de tanta importancia, que en el estudio de la modernización del Servicio de Limpiezas y recogida de basuras ha constituído tal vez la mayor preocupación de todos los que, empezando por el Alcalde de la Villa, Conde de Mayalde, han participado en aquél.

La existencia de los traperos madrileños, en los que el «modus vivendi» de sus familias está basado en el aprovechamiento de desperdicios urbanos, planteaba la necesidad de procurar incluirlos en el programa, utilizando su indudable capacidad, pero liberándolos de las infrahumanas condiciones de trabajo en que actualmente se desenvuelven, de tal modo, que, cumpliendo con las exigencias sanitarias, estéticas, utilitarias y económicas que hemos citado, el Servicio de Limpiezas de Madrid adquiriese el rango que es propio de toda ciudad civilizada. ellos mejorasen su nivel de vida y desapareciese definitivamente el espectáculo vergonzoso que todos los días se ofrece en las calles de la capital de España.

Hemos concluído lo que podríamos llamar prólogo de este artículo. Vamos a examinar ahora la cuestión bajo el prisma madrileño, estudiando la organización del Servicio prevista para el futuro.

Ayuntamiento de Madrid

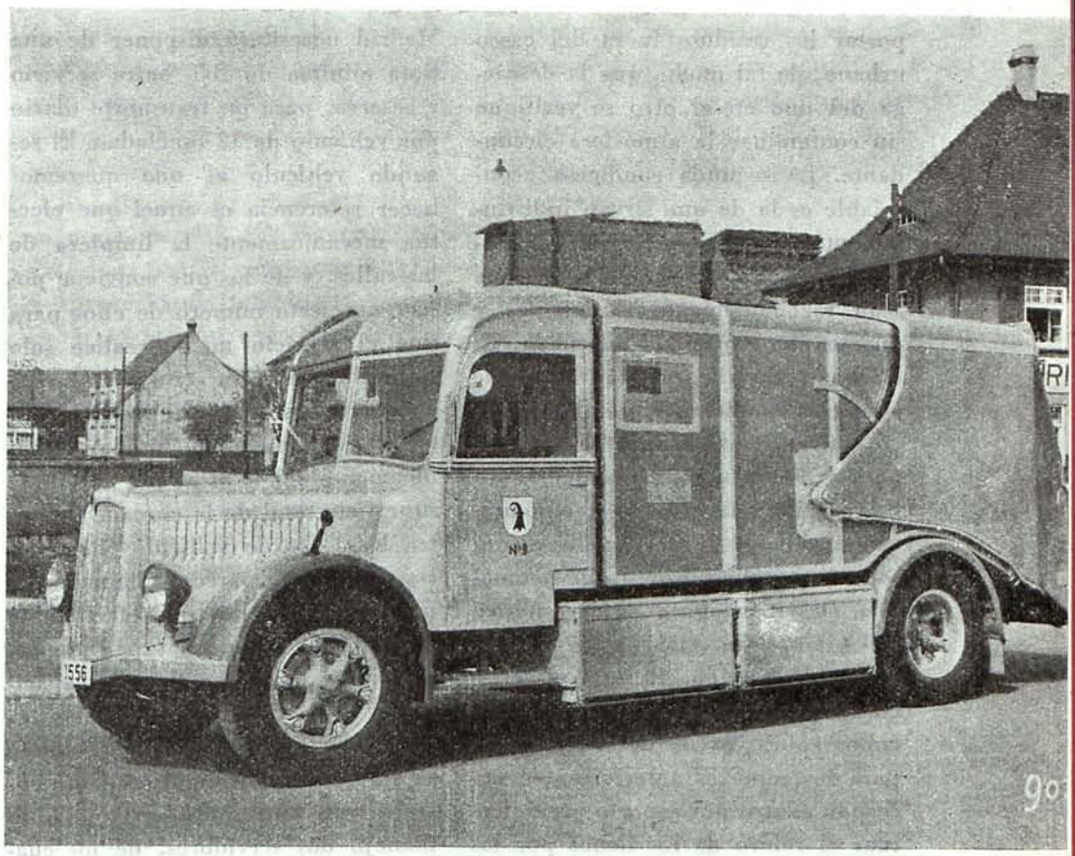
A) Limpieza y recogida de basuras en Madrid

1. *Antecedentes.*—La basura de una ciudad es de dos clases: viarias y domiciliarias. Se entiende por basura viaria la que procede de aceras, calzadas y mercados, mientras que basura domiciliaria es aquella otra que se recoge en domicilios particulares, clínicas, hospitales, etc.

En la actualidad, la limpieza y recogida de basuras de la ciudad se realiza de la manera siguiente: La limpieza de las vías públicas se verifica por los operarios municipales del Servicio en número teórico de 2.871 hombres, incluídos los mandos subalternos, que se distribuyen en cinco Zonas, seis cantones y un parque. Tienen a su cargo el barrido, lavado y riego de las calles, la eliminación de la nieve cuando ello es preciso, y el repaso permanente de las vías públicas. Disponen de anticuados carritos de mano para la recogida de los residuos, y no posee ningún vehículo especial para este cometido.

La recogida de basura viaria, es decir, la acumulada en los carritos de mano, antes mencionados, se verifica en camiones contratados, la mayor parte inadecuados para este fin. Como los carritos de madera tampoco están adecuados, el trasbase de residuos de éstos a aquéllos sólo puede realizarse volcando su contenido en el suelo, formando montones y cargando éstos manualmente en los camiones, espectáculo poco grato y desagradable, que con este material es imposible de evitar.

Finalmente, la recogida de basura domiciliaria se efectúa por los «traperos» en las condiciones de todos conocidas y se transporta en carros de tracción animal, constituyendo uno de los espectáculos más deprimentes que puede ofrecerse en una ciudad. Solamente una pequeña proporción de basuras domiciliarias son recogidas y transportadas en vehículos mecánicos contratados por el Municipio, provisto de caja metálica y en condiciones asépticas aceptables, aunque no perfectos todavía.



Uno de los nuevos camiones destinados a la recogida de basuras

Fácil es comprender a la vista de lo expuesto que el servicio, tal como se presta en la actualidad, es un ejemplo de lo que no se debe hacer.

2. *Organización prevista.* — Los elementos que se necesitan para llevar a cabo un servicio eficiente y moderno, son: agua, personal, recipientes y vehículos.

En Madrid, aunque hasta la fecha, y salvo circunstancias excepcionales, el agua no ha supuesto ningún problema, el incesante aumento de la superficie de las vías públicas hace que deban tomarse previsiones para que no se resienta el lavado de la ciudad. El agua debe ser abundante y con una presión de 1,5 a 2,5 atmósferas.

En relación con el personal, se admite que un equipo de riego, compuesto por dos operarios, cubre una superficie de 10.000 m² hora, mientras que una sección de barrido compuesta por cuatro hombres, cubre una superficie de 1.500 m² hora. Supuesto que las vías públicas de Madrid cubren aproximadamente una superficie de unos cuatro millones y medio de metros cuadrados, sin contar términos anexionados, se necesitarán 400 secciones de barrido de cuatro hombres y 80 a 90 equipos de riego de dos hombres, puesto que hay sectores de la ciudad que deben regarse más de una vez, lo que representa un total de 1.700 hombres, a los que hay que agregar 150 hombres para el servicio de repaso, 200 para el servicio de camiones, 250 para cubrir descansos, vacaciones, enfermedad, etc., y 300 para mandos subalternos, lo que hace un total de 2.660 operarios.

En cuanto a los recipientes, su primera condición es la de que sean adaptables de una manera hermética al vehículo que ha de trans-

Ayuntamiento de Madrid

portar los residuos fuera del casco urbano, de tal modo, que la descarga del uno en el otro se verifique sin contaminar la atmósfera circundante. La segunda condición aconsejable es la de que sirvan indistintamente para el servicio viario y domiciliario. La tercera es la de que sean razonablemente manejables y posean una capacidad adecuada. El tipo adoptado para Madrid reúne estas tres condiciones, siendo de hierro galvanizado de unos 15 kilos de peso y 80 litros de capacidad. Para la recogida viaria estos recipientes van instalados de dos en dos en un soporte metálico provisto de neumático. De este material se necesitará: 400 soportes metálicos para las secciones de barrido, 40 para el servicio de repaso y 60 en reserva; 3.500 cubos colectivos de 80 litros, tanto para los soportes anteriores (se necesitan cuatro por soporte para efectuar el relevo de los llenos por los vacíos) como para reserva y colocación en los mercados. Por último, suponiendo una población de dos millones de habitantes, serán precisos en primera aproximación 50.000 cubos para la recogida domiciliaria, ya que cada cubo admite, por término medio, los desperdicios de 40 personas.

Finalmente, en lo que respecta a vehículos, hay que considerar dos tipos. El primero, que sirve para transportar fuera del casco urbano tanto las basuras viarias como domiciliarias. Debe ser complemento del cubo colectivo adoptado para que la descarga de éstos en él sea antipolvo, rápida y con un mínimo de molestia. Debe tener capacidad adecuada y gran rendimiento de transporte. En Madrid el modelo adoptado responde a todas estas exigencias y es similar al que con variantes derivadas de las distintas patentes funciona prácticamente en todas las ciudades de Alemania, Francia, Italia, Bélgica, etc., siendo idéntico al que está en servicio en Viena, Berna, Ginebra y Zurich. Puesto que cada camión de éstos tiene una capacidad útil de cuatro toneladas, Madrid necesitará disponer de una flota mínima de 165, entre servicio y reserva, para un transporte diario por vehículo de 12 toneladas. El segundo vehículo al que queremos hacer referencia es aquel que efectúa mecánicamente la limpieza de las calles, y de los que conviene poseer un cierto número de ellos para que el servicio no se realice solo manualmente. En teoría parece apropiado estimar que se debe estar en condiciones de limpiar mecánicamente del 40 al 50 por 100 de la superficie total de la ciudad. De entre los tipos de vehículos barredores-regadores, parecen llamados a imponerse aquellos que efectúan la recogida de la basura viaria por aspiración y disponen de una capacidad útil de carga de dos a dos toneladas y media de basura, siendo su velocidad de trabajo oscilante entre 6 y 8 kms. hora, exigiendo su manejo dos servidores, de los cuales uno es el conductor. El Ayuntamiento ha adquirido uno (que todavía no está en servicio, pues se está pendiente de la correspondiente licencia de importación del Ministerio de Comercio), teniéndose pensado, si confirma su utilidad, adquirir una flota de diez vehículos, con lo que se cubrirá el 25 por 100 de la superficie a limpiar en Madrid. Ahora bien, aunque todo parece aconsejar esta adquisición, la circunstancia de que estos modelos no se fabrican en España y depender por tanto de la importación, tanto para el vehículo como para sus repuestos, hace que en este sentido sea obligado moverse con cautela.

En posesión de los elementos antedichos, la forma en que se realizará el trabajo será la siguiente: Durante la noche, o en la madrugada, los equipos de riego empiezan su labor de lavar las calles y asentar el polvo; inmediata o simultáneamente las secciones de barrido, cada una con un carrito provisto de dos cubos de 80 litros, dos cepillos y un cogedor, comienzan a barrer y recoger la basura de la vía pública. Cuando ambos cubos están llenos, se depositan en estacionamientos preparados a tal fin, diseminados estratégicamente y con la profusión conveniente. Allí sustituyen los cubos llenos por otros vacíos y continúan su trabajo. A una hora determinada, los vehículos de transporte pasan por los estacionamientos, descargan los cubos llenos, que vuelven a dejar vacíos en su sitio, y cuando llevan la carga completa, evacuan la basura al lugar de tratamiento que tengan señalado. Paralelamente a este servicio funciona el de repaso, que cuida de recoger los desperdicios depositados en la vía pública después del paso del servicio de barrido; naturalmente, el repaso sería innecesario con una mayor colaboración ciudadana.

Por su parte, las basuras domiciliarias se comienzan a retirar desde las siete de la mañana. A esa hora cada vehículo acude a su sector. Los cargadores del mismo trasvasan los residuos desde los cubos colectivos, previamente situados en un lugar adecuado del inmueble (portal, acera, etc.) al camión, el cual sigue su recorrido calculado de tal modo, que a su término tenga la carga completa. Como cada cubo de 80 litros sirve para unas 40 personas, cada inmueble deberá poseer los cubos precisos para llenar las necesidades de sus habitantes.

Hay que hacer constar que las escorias de calefacción y cenizas de carbón de las cocinas deben extraerse por separado para no perjudicar el posterior aprovechamiento de las basuras. La Ordenanza de Limpiezas en nuestra capital tiene previsto este supuesto.

Asimismo es necesario montar un servicio especial de recogida para hospitales, sanatorios y establecimientos similares, ya que los residuos que en ellos se producen no deben mezclarse con los restantes de la ciudad, teniendo que ser incinerados.

Ayuntamiento de Madrid

B) Tratamiento de las basuras

1. *Antecedentes.* — En los momentos actuales las basuras madrileñas siguen dos caminos diferentes. Las domiciliarias, recogidas por los «traperos», son transportadas por éstos a sus domicilios. Allí, sin ninguna precaución de orden higiénico, sin norma técnica de ningún tipo y sólo con la experiencia de los muchos años dedicados a esta labor, el trapero y su familia selecciona a mano la chatarra, el papel, los trapos, etc., productos que malvende a mayoristas. El resto le sirve como alimento para cerdos y gallinas, que confraternizan con niños, perros, etcétera, con los peligros de orden sanitario que ello trae consigo y que creemos innecesario enumerar.

Las basuras viarias y una parte de las domiciliarias recogidas por los camiones contratados por el Ayuntamiento, van, sin más, a los vertederos municipales, donde una población de la «Corte de los Milagros» rebusca y hoza en íntima mescolanza con todo género de animales, saturada de malos olores, de moscas y mosquitos y expuesta a ser portadora de infecciones de diversa índole.

Es decir, Madrid, primera ciudad española, no trata sus desperdicios en forma alguna, y ello a pesar de disponer de una estación de fermentación, cerrada desde hace muchos años, que, aunque anticuada, podría ponerse en funcionamiento modernizando sus instalaciones.

La situación es bochornosa y hora es de resolverla definitivamente.

2. *Organización prevista.* — La necesidad urgentísima de proporcionar al suelo agrícola materia orgánica, unida al perfeccionamiento de las técnicas de transformación de las basuras en abono, especialmente tras la aparición del proceso de fermentación «acelerada y dirigida», ha hecho que este método se haya desarrollado considerablemente en estos últimos años. Ciudades como Viena, Dusseldorf, Heildelberg, La Haya, Toulouse, etc., han montado instalaciones para este fin. Pamplona, en nuestra patria, ha adjudicado ya un concurso para el tratamiento de sus residuos por el mismo sistema.

En Madrid se tiene previsto el montaje de las instalaciones adecuadas, estratégicamente situadas —aprovechando también la estación de fermentación construída—, donde con todas las garantías de orden técnico, sanitario, estético y utilitarios se aprovechan las basuras, siendo factible el empleo alternativo de los dos siguientes ciclos:

a) Las basuras se llevan directamente a las factorías de fermentación, donde tras la adecuada selección de chatarra, papel, etc., y esterilización de éstos, se fermentan los compuestos orgánicos para transformarlos en «compost», de gran utilidad para la agricultura.

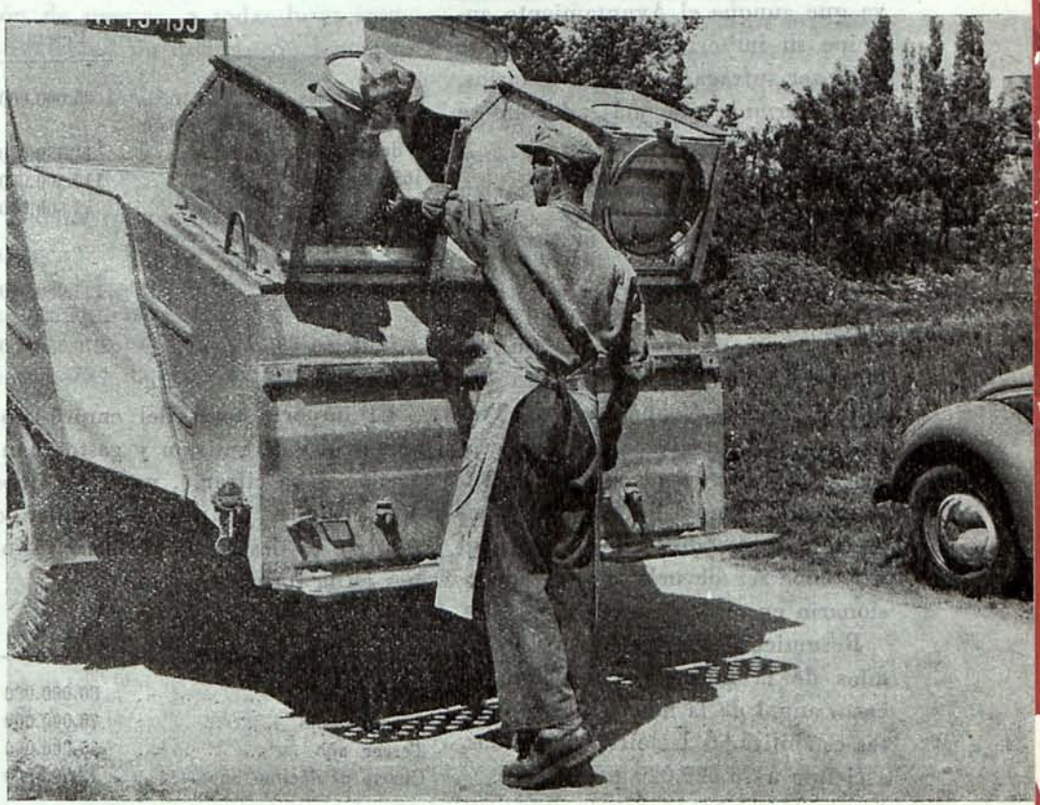
b) Las basuras, previamente seleccionadas, esterilizadas y con la adición de elementos que equilibren su rendimiento nutritivo, se emplean en la alimentación de ganado. El estiércol obtenido de éste, adicionado de los productos alimenticios no empleados por aquél, y, si es posible, de los lodos procedentes de la depuración de las aguas residuales de la ciudad, se transforma en «compost» por «fermentación acelerada y dirigida».

Con cualquiera de ambos ciclos se facilita a la agricultura un magnífico abono, pudiéndose obtener con el segundo, además, una estimable producción ganadera, lo que, unido al aprovechamiento racional de trapos, papel, chatarra, etc., permite hacer razonablemente rentable el proceso, sin inconvenientes de orden estético o sanitario, supuesto que todo él se ajusta a las normas higiénicas y técnicas más rigurosas.

C) Costo de la organización

El estudio pormenorizado, partida por partida del costo de la organización prevista que acabamos de exponer, alargaría la ya excesiva extensión de este artículo. Nos limitaremos a exponer las cifras globa-

Funcionamiento de un camión



Ayuntamiento de Madrid

les obtenidas tras el estudio correspondiente, que, naturalmente, está a la disposición de cuantos puedan interesarse en la cuestión.

Estas cifras globales son por año:

PARA LA LIMPIEZA Y RECOGIDA DE BASURAS

	Pesetas
Personal	37.834.020,50
Recipientes y accesorios ...	325.000,00
Vehículos	22.970.000,00
Total gastos	61.129.020,50

En este costo anual no se ha incluído lo correspondiente a vehículos regadores-barredores. Si suponemos que es posible su puesta en servicio, las cifras anteriores quedarían modificadas como sigue:

	Pesetas
Personal	35.096.520,50
Recipientes y accesorios ...	270.000,50
Vehículos	25.002.500,00
Total gastos	60.369.021,00

Tampoco se han tenido en cuenta en estas cifras el importe de los cubos colectivos para el vecindario, ya que aunque el Ayuntamiento anticipe su importe, en realidad éste debe ser sufragado por los usuarios, según fórmula que más adelante se indica.

PARA EL TRATAMIENTO DE BASURAS

La faceta social que la cuestión presenta en Madrid, y a la que ya hemos aludido, hace que, con objeto de que la Cooperativa de Traperos pueda integrarse en el programa, se haya previsto en este capítulo una cifra anual de 12.500.000 pesetas durante diez años, cantidad que debe ser devuelta por el concesionario en otros diez años.

Resumiendo: en los primeros diez años de la nueva organización, el costo anual de la misma, de supuestas estabilizadas las cifras indicadas, asciende a 73.629.020 pesetas.

D) Financiación del programa de modernización

La puesta en marcha del programa que hemos expuesto no puede ser abordada en su totalidad por el Ayuntamiento de Madrid a través de su presupuesto ordinario. De todos son conocidas las grandes obligaciones de todo orden que pesan sobre nuestra municipalidad en orden a urbanismo, pavimentación, alumbrado, etc. En el presente año la cifra aprobada para el servicio de limpiezas alcanzó la cifra de 65 millones de pesetas, que podría incrementarse para atender al costo anual del proceso, pero no hasta el punto de lograr una financiación inicial.

En su virtud, se tiene presentada a la Alcaldía-Presidencia una propuesta de empréstito a gestionar con la Banca oficial o privada, que denominamos de Higiene Pública, que a grandes rasgos está basado en lo siguiente:

Coste aproximado de la implantación del programa:

TOTAL EN DIEZ AÑOS

	Pesetas
50.000 cubos	25.000.000
330 dispositivos para vaciado de cubos en camiones ...	11.550.000
165 camiones...	112.500.000
500 carritos para cubos... ...	2.500.000
Subvención para la recogida y aprovechamiento de basuras	125.000.000
Desembolso total... ...	276.550.000

El importe total del empréstito, con prima de emisión y gastos bancarios, debe cifrarse, pues, en unos 300 millones de pesetas, pudiendo diluirse el desarrollo de las emisiones en la forma siguiente:

	Pesetas
Primer año	80.000.000
Segundo año	78.000.000
Tercer año	55.000.000
Cuarto al décimo años	12.500.000

La contrapartida a ofrecer al empréstito para el global de interés y amortización en veinte años, a partir de la entrega total de los 300 millones en diez años, estará compuesta de las partidas siguientes:

	Pesetas
Anualidad de devolución durante los quince años segundos de la implantación del servicio y los otros cinco del período de amortización...	187.500.000
Tasa de recogida de basuras a implantar por el suministro, conservación y renovación de cubos y prestación del servicio de acuerdo con las normas de la Ley de Régimen Local, asimilada al canon de acometida y conservación de alcantarillado, y que se fija en un 1,25 por 100 en líquido imponible.	
Ingreso mínimo en las fincas del interior (al año) ...	5.341,242
Ingresos mínimos en treinta años	160.237.260

Es decir, que en total los ingresos mínimos por ambos conceptos sería, a los treinta años de iniciado el programa, de 347.737.260 pesetas, cifra que garantiza sobradamente el empréstito solicitado.

E) Participación de la Cooperativa de Traperos

En el preámbulo del pliego de condiciones aprobado por el Ayuntamiento Pleno en el año 1956, se dice lo siguiente: «El excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, teniendo en cuenta los motivos de índole política, social y humana que así lo aconsejan, y deseoso de que los actuales traperos puedan seguir desarrollando su actividad dentro de unas normas acordes con la dignidad de la capital de España y con las exigencias de la sanidad, la higiene, la técnica y la estética, saca a concurso la recogida y aprovechamiento de las basuras domiciliarias de Madrid a través de unas bases

Ayuntamiento de Madrid

que, elaboradas con un espíritu de máxima generosidad, ofrecen a los traperos, por medio de su Cooperativa, la oportunidad de participar en el concurso, que en caso de quedar desierto será convocado de acuerdo con otras fórmulas ya estudiadas por la Corporación.»

Pues bien, en consonancia con este preámbulo, el pliego de condiciones establece, entre otras normas, que el concesionario recogerá las basuras domiciliarias de Madrid con los vehículos propiedad del Ayuntamiento y construirá las obras e instalaciones precisas para el aprovechamiento de aquéllas con cualquiera de los dos ciclos antes enumerados, dándole una subvención de 125 millones de pesetas en diez años para ayudarle al montaje de las instalaciones. Como contrapartida, el concesionario tendrá a su cargo el personal de recogida, el entretenimiento de los vehículos y el de las instalaciones de aprovechamiento, así como abonar un canon anual mínimo a partir del año quince de la concesión de 12.500.000 pesetas; asimismo se estipula que el servicio se implantará progresivamente, de forma que la recogida con el nuevo sistema sea total a los dos años, y el aprovechamiento sea integral a los cinco años de comunicada la concesión.

Como puede verse, las condiciones son generosas y pueden permitir la participación de la Cooperativa de Traperos, que así elevará el nivel de vida de sus miembros, al paso que el servicio se realiza con la dignidad propia de toda ciudad civilizada. Aclaremos en este punto que esta fórmula, a largo plazo naturalmente, resultará rentable a la Corporación municipal.

F) Otros problemas de la limpieza de Madrid

No queremos terminar este artículo sin, al menos, enumerar otros problemas que el servicio tiene planteados. Son ellos los que se derivan de la necesidad de ampliar el número de sus edificios para Zonas y Parques, indispensables para hacer frente al progresivo crecimiento de la capital, la de disponer de pequeños vehículos para la rápida limpieza de películas de grasas en calzadas, por rotura de envases o averías de camiones y otros menesteres análogos, y, finalmente, el que se origina en caso de nevada. Madrid no dispone de aparatos quitanieves, por lo que siempre la posibilidad de una nevada es causa de preocupación constante, hasta el punto de que con los escasos medios disponibles ya en septiembre se establece el plan de trabajo para esta eventualidad, contra la que se dispone de un presupuesto anual de un millón de pesetas, a todas luces insuficientes en un invierno inclemente.

Final

Hemos intentado exponer con la mayor claridad posible, y dentro del estrecho marco de un artículo, cómo entendemos debe ser el futuro de la limpieza de Madrid, y creemos haber hecho comprender que la cuestión es mucho más compleja y tiene mayor importancia de lo que a primera vista podría parecer. Si hemos logrado hacer ver la necesidad de que Madrid disponga de un eficiente servicio de limpieza pública por las repercusiones de orden técnico, sanitario, estético y utilitario que aquél implica, y, como consecuencia, los altos organismos del Estado, de una parte, y las entidades privadas con el pueblo de Madrid, de otra, prestan al Municipio su más íntimo y decidido apoyo, daríamos gracias al cielo por haber podido colaborar, en la escasa medida de nuestras fuerzas, en una obra de esta naturaleza.

Modelo de cubo

Madrid, marzo 1958.

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOGRAFIA

MADRID en los dibujos de Gregorio Prieto

POR JOSE LEAL FUERTES

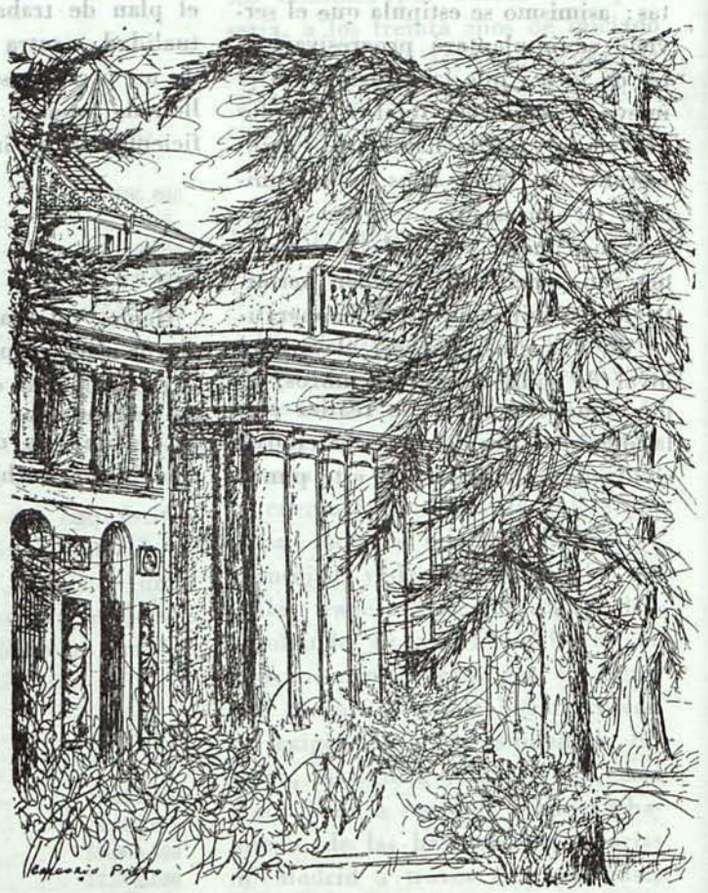
En una crónica anterior, aparecida en las columnas de VILLA DE MADRID, recordaba yo una certera apreciación de Ramón Gómez de la Serna, referente a nuestra capital. Para el genial creador de la greguería, la Villa del oso y del madroño es «la ciudad de la luz sensible». En efecto, la luz, que en la baja Andalucía y en el litoral levantino, por ser más viva, recorta las sombras con aristas categóricas, en Madrid se muestra revestida de suaves tonalidades. ¿Influye en esto su situación en la meseta, al pie de la velazqueña sierra de Guadarrama? ¿Son quizá las mismas cosas —monumentos, fuentes, parques, edificios— los que infunden al ambiente su propia claridad? No es momento éste para entrar en tales averiguaciones. Lo cierto es que la mañana madrileña es inconfundible y que el mediodía en la Puerta del Sol o en el Paseo del Prado tiene, en muchas ocasiones, una plenitud insospechada.

La luz madrileña, elemento característico del paisaje de la capital, sólo puede ser comprendida por un poeta. Si éste, además, ha nacido en el corazón de España, su sensibilidad llegará a identificarse con el tono del paisaje ciudadano. Esto es lo que sucede con ese paisano de Don Quijote que se llama Gregorio Prieto, manchego de nacimiento y madrileño por adopción.

Madrid ha tenido un enorme poder de atracción sobre escritores y artistas. Llegados unos y otros de diferentes puntos de la península, la capital los ha «madrileñizado». Ejemplo típico de este proceso es la llamada generación del 98. Y el hecho ha venido repitiéndose posteriormente. Las más dispares corrientes se han encauzado en esta urbe que Antonio Machado denominó «rompeolas de todas las Españas». El propio Gregorio Prieto reconoce que Madrid es «la casa de todos los españoles», algo semejante a un río —por cierto más caudaloso que el Manzanares—, en cuyas aguas se reflejara todo el paisaje español.

No es esta la única ocasión en que este Madrid, atrayente y atractivo, aparece como tema en la obra artística de Gregorio Prieto. Una exposición de óleos y dibujos celebrada en la primavera de 1957 en el Patio de Cristales del Ayuntamiento, reunió, en agrupación antológica, medio centenar de paisajes urbanos sobre diversos temas referentes a nuestra capital. Parte de los motivos allí desarrollados —la Cibeles, el Angel Caído, Daoiz y Velarde, el Museo del Prado, etc.— se recogen también en el cuaderno publicado por Ediciones Insula, objeto de esta crónica. Los dibujos que integran esta colección glosan distintos aspectos de Madrid. El autor, con muy buen criterio, no identifica lo típico con lo monumental; huye del «colosalismo» que, por desgracia, comienza a invadir nuestra urbe, amenazando convertirla en una inmensa ciudad, automática y sin carácter. Muestra predilección Gregorio Prieto por los rincones sencillos o por los pequeños detalles. Buen ejemplo de ello son las páginas dedicadas al pintor Rosales o a la pretendida tumba de Velázquez. En todas las láminas, los trazos firmes de Gregorio Prieto trenzan sobre la fría arquitectura una delicada melodía que humaniza el paisaje, dándole, al mismo tiempo, poesía y luminosidad. En suma, el autor hace gala en todas sus estampas de un dibujo claro y limpio, en cuyos rayos expresivos queda captada la inconfundible fisonomía de Madrid.

Acompañan a los dibujos breves textos literarios, seleccionados con gran acierto, alternando los clásicos —Lope, Calderón, Cervantes— con los modernos —Azorín, Ortega y Gasset, Baroja, Gómez de la Serna, Sánchez Cantón, etc.—. Por último, el fondo corre parejas con la forma en una presentación sumamente cuidada y digna, por todos conceptos, de elogio.



Estades Ev. San. Miguel, 8.-Madrid

Ayuntamiento de Madrid